

REVISTA ESPIRITISTA,

PERIÓDICO

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESÚMEN.

Seccion doctrinal: Los tres Espíritus del Gólgota.—Las aristocracias.—Cartas sobre el Espiritismo, por un cristiano, VIII.—*Espiritismo teórico-experimental:* Utilidad de las manifestaciones físicas.—M. Home, Art. 1.º—*Conversaciones familiares de ultra-tumba:* La señorita Clary D....—La fatalidad y los presentimientos.—*Disertaciones espiritistas:* La pereza. (Parábola.)—La envidia.—*Crónica retrospectiva del Espiritismo:* 1858.

SECCION DOCTRINAL.

Los tres Espíritus del Gólgota.

El Evangelio, ese acabado resumen de la moral más perfecta, ese libro admirable que nos ofrece símbolos maravillosos de todas las grandes verdades; presenta también á nuestra vista el cuadro de más horrible inhumanidad, la más desconsoladora prueba de ingratitud que concebirse puede. Nos referimos á la triple crucifixion del Gólgota, que no vamos á analizar en sus mil variadas fases, sublimes todas ellas. Si esto nos propusiéramos, puesto caso que supiésemos hacerlo, habríamos de llenar volúmenes enteros. Nuestro objeto, como proporcionado á nuestras escasas fuerzas, es mucho más humilde. Nos limitaremos á examinar el sangriento drama del Calvario, bajo el exclusivo punto de vista de las tres principales posiciones del Espíritu, en su marcha progresiva hácia la perfeccion.

Tres cruces se levantan en la cima del Gólgota; tres humanos seres penden de ellas, condenados á la infamante pena de crucifixion. Jesús, el Maestro vendido por uno de sus discípulos—¡horrible ingratitud!—espera con resignacion la muerte, entre dos ladro-

nes; Jesús, el justo por excelencia, agoniza entre dos malhechores. Uno de ellos le suplica que impetre para él la misericordia del PADRE. El otro, por el contrario, le insulta y escarnece. Jesús es el Espíritu que ha llegado á la cumbre de la perfeccion. El *buen ladrón*—como vulgarmente se le llama—es el Espíritu que arrepentido, dá principio á la vida conscientemente progresiva. El *mal ladrón* es el Espíritu rebelde *aún* que se resiste al cumplimiento de su fin providencial. Estos son, á no engañarnos, los tres fundamentales peldaños de la escala espiritista.

Procediendo de ménos á más, como la naturaleza, de lo inferior á lo superior; empecemos por los dos últimos Espíritus.

I.

Para la humanidad, la vida del Espíritu rebelde es una página en blanco. No se destaca en ella ninguna de esas grandes acciones, que son como lumbreras para los otros Espíritus, en medio de las densas tinieblas de este mundo. Ni un solo sacrificio en bien de sus semejantes, ni un rasgo heroico que redunde en provecho de sus hermanos. Ignorante de la ley suprema de la vida, LA JUSTICIA, practicada bajo esta sublime fórmula: *No quieras para otro lo que para tí no quieras*; preso, por el contrario, en las redes del error, desenvuelto en la forma de satisfacer á todo trance los instintos materiales; el Espíritu rebelde ha vivido falsamente para sí

solo. Falsamente decimos; porque vivimos en realidad para nosotros mismos cuando, por medio del sacrificio, elaboramos nuestra vida futura; y el Espíritu rebelde, no habiéndose sacrificado nunca, nunca ha pensado realmente en la vida futura. Con arreglo á sus creencias, el amor es una palabra hueca, el sacrificio una debilidad, cuando ménos, y la justicia un valladar levantado por los fuertes en perjuicio de los débiles. Idear medios para salvar esa barrera, sin que experimenten menoscabo ni la existencia, ni la reputacion, ni los intereses propios; hé ahí toda la ciencia de la vida, segun el Espíritu rebelde.

¿Qué faltas ha cometido ese Espíritu? Todas las que han sido menester para derribar los obstáculos que se interponian entre la justicia y su conveniencia. En su lucha con la culpa, mal decimos, al encontrarse frente á frente de la culpa, ésta ha imperado. El Espíritu rebelde no lucha nunca con el mal; lo acata, se pone á su servicio. Parece cosa tan natural la satisfaccion de su egoismo, que ni siquiera se fija en los medios de llevarla á cabo. El dia en que haga esto último,—y ese dia llegará tarde ó temprano—dejará de ser rebelde, para ingresar en las filas de los Espíritus que están en vias de arrepentimiento.

El Espíritu rebelde no siempre es un sér atrasado intelectualmente, y ántes, por el contrario, puede haber progresado mucho en este sentido. Entónces es verdaderamente temible, pues escudado con la hipocresía y favorecido por sus conocimientos, abusa de los corazones sencillos y se impone á los ignorantes, envolviéndolos en las infinitas tramas de sus redes. Es muy de notar, sin embargo, que los Espíritus rebeldes se dedican casi exclusivamente á las ciencias físicas. Las morales las desdeñan, juzgándolas inútiles ó falsas. Encadenados, por decirlo así, á la materia, sólo de lo físico se ocupan, y sus empresas predilectas son aquellas en que ménos parte toma el elemento psíquico. Los negocios, en la significacion vulgar de la palabra, son su verdadero campo de batalla, y el bienestar material el objeto de todas sus miras.

Tal es, compendiosamente descrita, la vida del Espíritu rebelde: una página en blanco. La vida del mal ladrón, del Espíritu rebelde del Gólgota, debió ser la que dejamos narrada. El Evangelio nos pinta sumariamente su muerte, citándonos las últimas pa-

labras que pronunció en la cruz. De su vida nada nos dice.

Quizá en nuestro incesante deseo de ver la verdad, *toda la verdad*, en el Evangelio, nos equivoquemos; pero siempre nos ha parecido entrever que ese silencio de los evangelistas, respecto de la vida del Espíritu rebelde, responde á un hecho que cotidianamente observamos en la humanidad. Indagad el concepto que merece á los hombres la conducta del Espíritu rebelde; consultad la opinion pública, y no podreis ménos de sobre-cogeros al oír las diatribas que contra aquél se pronuncian. Diríase que su mala reputacion y que el recuerdo de sus muchas faltas no se borrarán nunca de la memoria de las gentes. Al cabo de poco tiempo, sin embargo, nadie se toma el trabajo de pensar en aquella vida de numerosas culpas. ¿Es esto quizá lo que significa el silencio del Evangelio? ¿Acaso semejante silencio es la consignacion anticipada del hecho de que la humanidad, andando los tiempos, negaría su memoria á los males que se le ocasionan, abriéndola sólomente á los beneficios que se le hacen? Nada extraño sería que así fuese. Hay en el Evangelio tantas consignaciones anticipadas de hechos, que hoy se realizan, que una más no puede ser motivo de sorpresa para nadie.

Hemos hablado de la vida del Espíritu rebelde. Ocupémonos ahora de su muerte. ¿Cómo se desprende ese Espíritu de su envoltura material? ¿Cómo muere? El Evangelio nos lo dice.

Jesús, la encarnacion del amor y de la justicia, la apoteosis viva del sacrificio, agonizaba en la cruz, despues de haber hecho el imponderable milagro de vivir treinta y tres años la vida de la abnegacion y del sacrificio. Allí, á su lado, estaba el Espíritu rebelde, y dominando los agudos dolores que le atormentaban, desplegó los labios para dirigir al Justo estas odiosas palabras, símbolo de toda una vida de culpas: *Si tú eres el Cristo, sálvate á ti mismo y á nosotros.*

El hombre de génio, el inspirado profeta del mundo espiritual, entrevé las grandes verdades morales, y henchida el alma de satisfaccion, porque tiene oportunidad de ser útil á sus semejantes, las anuncia al mundo. El Espíritu rebelde duda de las palabras del génio, le califica de iluso y visionario y se mofa de él, señalándole á la burla de los otros

hombres. Para creerle, exige que se someta á las pruebas que él ha tenido á bien elegir; y elige casi siempre un hecho extraordinario, un *milagro*. Esto que pasó, hace ya siglos, en la cima del Gólgota, pasa también hoy, en nuestros días. ¿Quién que haya descubierto algo fuera de lo vulgar, no habrá oído frases muy semejantes á éstas del Espíritu rebelde del Calvario: *Si tú eres el Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros?* Y el Espíritu rebelde muere repitiendo esa frase, y á pesar de que, en no pocas ocasiones, se le dan todas las pruebas que desea, continúa negando. Este no es un hecho casual; está sometido á una ley. Ciertos Espíritus no aceptan determinadas ideas; porque aún no están preparados para recibirlas.

El Espíritu rebelde no comprende nunca la grandeza del sacrificio; no acierta á explicarse cómo puede un ser darle todo, hasta la vida, en provecho de los otros seres. Cuando presencia semejantes heroicidades, se mofa del que las lleva á cabo y las atribuye, cuando menos, á debilidad de carácter. Mas apegado á las cosas de los hombres que á las de Dios, le parece imposible que pueda darse espontáneamente la vida, para que vivan mejor los otros, y de aquí que trate de disuadir al que se propone hacerlo. *Si tú eres el Cristo, sálvate á tí mismo*, decía el mal ladrón al Justo, mofándose de él y no comprendiendo, al mismo tiempo, que, puesto que le fuese dado esquivar la muerte, se sometiera á ella para dar mayor plenitud de vida á la humanidad.

Apegado á la materia, fuera de la cual no imagina otros placeres; sin perfecta conciencia de la inmortalidad, si ya no es que la niegue, el Espíritu rebelde teme la muerte. No vé nada más allá de la tumba; el sentimiento, que suele no equivocarse en los instantes supremos, le revela una oscuridad impenetrable, y el Espíritu que nos ocupa, se retuerce en su agonía, muere siempre entre angustias, y entre blasfemias á veces. Lucha por asir la vida que se le escapa por momentos, y con los labios, y con los ojos, y con todos los medios de expresión, la solicita de los que le rodean. Por esta razón el Espíritu rebelde del Gólgota decía á Jesús: *Si tú eres el Cristo, sálvanos á nosotros*.

Abandonemos ya al Espíritu rebelde, y pasemos al arrepentido.

II.

Toda la existencia del Espíritu que hasta ahora nos ha ocupado, puede sintetizarse en esta sola palabra: negación. Niega el amor, el sacrificio, la justicia; niega todo lo que no sea material. Como que vive exclusivamente con el cuerpo, sólo presta asentimiento á lo que impresiona á los sentidos.

La existencia—anterior al arrepentimiento—del Espíritu arrepentido tiene también su síntesis. Héla aquí: duda. En ciertos momentos, consigue elevarse hasta la noción clara del amor, que le cautiva; pero le producirá los resultados apetecidos la práctica de esa ley? Comprende el sacrificio en no pocas ocasiones, se explica teóricamente sus encantos, lo aplaude en los otros; pero, sacrificándose él, ¿no se expondrá á la burla, y sobre todo, no se pagará con ingratitud su sacrificio? Muchas veces se dice á sí mismo, que la justicia es la única condición indispensable para la salvación, que sólo ella puede hacer que venga á la tierra el reino de Dios; pero, si se resuelve á ser justo á todo trance, ¿no será el ludibrio de la inmensa mayoría de los injustos? Siente la apremiante necesidad de más amplia vida que la de los sentidos, la voz interna le asegura con frecuencia que debe haber un mundo en que el bien reciba siempre su merecida recompensa; pero dónde está este mundo y dónde se realiza aquella vida?

La del Espíritu en vías de arrepentimiento es, como se vé, una existencia de problemas no resueltos aún. Ese Espíritu descubre una parte de la verdad, busca con anhelo la otra para completar el cuadro; pero no siempre la encuentra. No se somete al mal inmediatamente, no lo acata en todas las ocasiones, sino que lucha con él, haciendo todo lo posible por vencerlo. Cae con frecuencia, es veracidad; pero se levanta y vuelve al combate. Por punto general, se abstiene de practicar el bien, y cuando lo practica, es como obligado por las circunstancias en que se halla. Si le pedís un rasgo de verdadera abnegación, os lo negará; pero estad seguros de que no dejará de concederos todo aquello que no implique un gran sacrificio. La vida del Espíritu rebelde es repulsiva, la del Espíritu en vías de arrepentimiento es expectante, la del Espíritu perfecto, impulsiva.

¿Qué diferencia hay, pues, entre la de los dos primeros? La que vá de la negación á la

duda, de la nada al caos. La nada no puede producir nada. El caos es la confusion, el desórden, la ebullicion de todos los elementos; pero esperad algun tiempo, y de aquel desórden, de aquella confusion, resultará un mundo armónico como todos los mundos. Del que le sigue en categoría puede esperarse el principio de la vida, el arrepentimiento. Una circunstancia, un suceso, una palabra, muchas veces, consigue hacerle franquear la barrera que le detiene; y esa palabra, ese suceso, esa circunstancia podrá tardar más ó ménos; pero nunca falta. La Providencia vela siempre sobre todas sus criaturas. ¿Queréis la prueba de esta verdad? El drama del Calvario nos la ofrece. El buen ladrón no se arrepiente hasta el último momento de su vida, pero se arrepiente.

Cuando el Espíritu rebelde del Gólgota insultaba á Jesús con aquella frase, que hemos calificado de odiosa, el Espíritu en vias de arrepentimiento no pudo ménos de reprenderle con estas palabras: *¿Ni áun tú temes á Dios, estando en la misma condenacion?* El primer efecto, y el más saludable, del arrepentimiento, es lo que nuestros libror sagrados llaman el *temor de Dios*, es decir, LA INTELIGENCIA DEL PRINCIPIO DEL DEBER. Este se despierta en nosotros, y nos aparece con toda su fuerza *categorica imperativa*, apenas abrimos nuestro corazon al arrepentimiento, apenas nos resolvemos á entrar de lleno en la práctica de la ley de la humana existencia, la justicia. Entonces, y sólo entonces, pasamos de un solo golpe y juntamente, de la primera á la segunda y tercera vida. De la vida del hombre en el cuerpo, á la vida en el alma, que es la de la reflexion, y á la vida en Dios, que es la de la práctica constante y desinteresada del bien. Y por un natural y lógico encadenamiento, no sólo comprendemos la justicia, sino que amamos á los que la predicán y practican, nos unimos estrechamente á ellos, aunque nos separen miles de léguas, les defendemos, y censuramos á los que les hacen blanco de sus sátiras y diatribas. Hé aquí, porque el buen ladrón, apenas arrepentido, comprende á Jesús, le ama y le defiende.

Pero hace más aún; conoce sus culpas y proclama la justicia del castigo que por ellas se le impone. *Y nosotros á la verdad justamente padecemos; porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas és-*

te—Jesús—ningun mal hizo. Así prosigue el Espíritu arrepentido del Gólgota, dirigiéndose al Espíritu rebelde; y viendo que se acerca la muerte, que se aproxima el último momento, en vez de desesperarse, reconoce la necesidad que tiene de los Espíritus superiores, especialmente del que preside á todas las evoluciones de nuestro planeta, y le dice: *Señor, acuérdate de mí, cuando vinieres á tu reino.* El arrepentimiento ha llegado á su plenitud; el hombre, deponiendo el orgullo, venciendo las pasiones, se inclina humildemente ante la justicia y la verdad, aunque las vea pisoteadas y despreciadas por la multitud, y acatando su superioridad, impetra sus auxilios. El mal cuenta con un enemigo más, y el bien vé acrecentado el número de sus defensores, pues el Espíritu verdaderamente arrepentido no vuelve nunca los ojos hácia atrás, y sólo se cuida de ascender en la gerarquía. ¿Cómo lo consigue? Veamos lo que hace el Espíritu perfecto, cómo vive, cómo muere, y lo sabremos á ciencia cierta.

III.

La humanidad gemia entregada á la materia, y sujeta á una ley ruda é inflexible. El Dispensador supremo juzga que ha llegado el momento de mejorar algun tanto la situacion de sus hijos. Algo han progresado, desde los tiempos de Moisés, algo más debe, pues, enseñárseles. Se necesita para ello un Mesías, un enviado, que venga á la tierra con el *Verbo*, con la accion directa del PADRE. Jesús acepta la noble, pero dolorosa mision, y toma carne.

Adquirido el desarrollo de sus facultades, dá principio á su obra; empieza á *evangelizar á todas las gentes*. Funda, basándola en la justicia, la moral eterna; hace del Dios iracundo y vengativo de Moisés, el Dios todo amor y misericordia del Evangelio; dá la fórmula de la religion universal en su diálogo con la Samaritana; rompe sin violencias las cadenas del esclavo; inicia la emancipacion de la muger, trocándola de instrumento de placer, que era, en compañera del hombre, que es en la actualidad; proclama la igualdad ante Dios, dejando sentada implícitamente la igualdad ante la ley; echa los inquebrantables cimientos de la libertad, basándola en la posesion de nuestro propio sér por medio de la negacion de nosotros mismos; sienta como realidad del porvenir la fraternidad universal; toda esta sacrosanta

obra la envuelve en una deleitable y purificadora atmósfera de caridad, y hace su entrada en Jerusalem, penetra hasta el mismo corazón del mundo de las antiguas creencias. El pueblo, entusiasta siempre, siempre abierto á sentimientos generosos, le recibe entre palmas y *hosannas*.

¿A qué vá Jesús á Jerusalem? Vá á romper el eslabon que más sugeto tiene al hombre á la materia; vá á sustituir *la religion de las fórmulas por la religion del Espíritu*; vá á echar de la cátedra de Moisés á los escribas y fariseos que, teniendo las llaves del reino de los cielos, ni penetran ellos, ni dejan penetrar á los que desean hacerlo; vá á arrojar del templo á los mercaderes que han hecho de la casa de Dios guarida de expoliadores; vá á derrumbar el mundo antiguo que caerá ante una cruz, símbolo de una idea noble y civilizadora. Jesucristo, sabiéndolo, vá á Jerusalem á morir, para que fructifique su mision, ¡Abnegacion sublime! ¿quién, considerándote así, no te proclama divina?...

Tal es, sumariamente descrita, la vida del Espíritu que ha llegado á la cumbre de la perfeccion: un sacrificio perenne en aras de la verdad y de la justicia, llevado á cabo por amor á la humanidad.

Las que se llaman por antonomasia *clases conservadoras* nunca se avienen bien con la idea nueva, en la que siempre ven un enemigo irreconciliable. Si pudiesen matarla, la matarian; pero en la imposibilidad de hacerlo, matan al que la propaga. Créen, insensatas, que la muerte del hombre lleva en pos de sí la de la idea, cuando lo innegable es, que la muerte de aquél aumenta la vitalidad de ésta.

Las clases conservadoras, los escribas y fariseos, decretaron la muerte de Jesús. Compraron á uno de sus discípulos para que se los entregase; buscaron testigos falsos que contra él depusieran; fueron de tribunal en tribunal, buscando lo que legalmente no podia concedérseles; impusieron con violencia á la debilidad de un juez incompetente, y engañando al pueblo, al pueblo que, mal dirigido, se entrega á todos los excesos por lo mismo que es impresionable, arrancaron la sentencia de muerte.

Yá está el Justo, el Espíritu perfecto, clavado en una cruz entre dos ladrones. Oigamos sus palabras, que ellas nos darán á conocer su muerte.

Al verse pendiente de una cruz, suplicio infamante, en medio de malhechores, rodeado del populacho que por ignorancia le ultraja, y de humanas dignidades que por egoismo le escarnecen; despliega los lábios yá cárdenos y secos, y hace subir á ellos, desde el fondo de su alma, estas sublimes palabras: *¡Perdónalos, padre mio, porque no saben lo que hacen!*

El Espíritu perfecto lo sufre todo con paciencia y resignacion. Sabe que el dolor no es resultado de la casualidad, sino una fuerza providencial, siempre encaminada á un objeto noble, y ni lo maldice, ni por él se desespera. Lo acata en gracia del fin á que está destinado. Y hace más aún; perdona á los instrumentos de su dolor, y por ellos eleva al PADRE comun una fervorosa súplica. ¿Acaso no contribuyen á su purificacion, si ésta es posible, y sobre todo á la obra que lleva á cabo? ¿A qué, pues, maldecirlos? Antes, por el contrario, debe pagarles su cooperacion, y así lo hace, orando por ellos.

Llega el momento supremo, el de la trasformacion de la vida, el de la muerte, como vulgarmente decimos, y el Justo, pronunciando estas palabras: *Padre en tus manos encomiendo mi Espíritu*, se adormece por un instante en el regazo del Eterno.

El Espíritu perfecto, satisfecho de la obra de toda su vida, vé llegar con tranquilidad el momento de la muerte. Sabe que ésta es un mero tránsito, beneficioso siempre; está convencido de la inmortalidad, persuadido de que, habiendo practicado la justicia, se ha elaborado un porvenir venturoso; confia en Dios que dá á cada uno segun sus obras, y muere ó se transforma sin temores ni sobresaltos. Algunas veces, aún vive la vida orgánica el cuerpo que le servía de instrumento, y el Espíritu perfecto cruza yá el espacio, visita los mundos superiores, desde donde descendió á la tierra, y recibe directa é inmediatamente las órdenes del Eterno!....

Tal es, en concepto nuestro, la explicacion del drama del Calvario, considerado bajo el punto de vista del progreso del Espíritu.

Las aristocracias. (1)

(OBRAS PÓSTUMAS.)

Aristocracia viene del griego *aristos*, lo mejor, y *Kratos*, poderío; aristocracia en su acepción literal significa pues: *Poderío de los mejores*. Es preciso convenir en que el sentido primitivo ha sido desviado á veces de un modo muy notable; pero veamos que influencia puede ejercer el Espiritismo en su aplicación. Para ello, tomemos las cosas desde su punto de partida y sigámoslas á través de las edades, para deducir lo que ocurrirá más tarde.

En ningún tiempo, ni en pueblo alguno, ha podido prescindir de gefes la sociedad, y se los encuentra aún entre los hombres mas salvajes. Débese esto á que, en razon de la diversidad de aptitudes y caracteres inherentes á la especie humana, hay en todas partes hombres á quienes ha sido preciso dirigir, débiles á quienes ha sido necesario proteger, pasiones que ha sido menester refrenar. De aquí la precision de una autoridad. Sábese que en las sociedades primitivas, semejante autoridad fué discernida á los cabezas de familia, á los mayores, á los ancianos, en una palabra, á los patriarcas. Esta fué la primera de las aristocracias.

Habiéndose hecho más numerosas las sociedades, la autoridad patriarcal fué impotente en ciertas circunstancias. Las disensiones entre poblaciones vecinas originaron los combates, y precisos fueron, para dirigirlos, nó ancianos, sino hombres fuertes, vigorosos é inteligentes. De aquí los gefes militares. Victoriosos éstos, confirióseles la autoridad, esperando encontrar en su valor una garantía contra los ataques de los enemigos. Muchos, abusando de su posición, se levantaron por sí mismos con aquélla; luego se impusieron los vencedores á los vencidos, se los redujo á servidumbre, y de aquí la autoridad de la fuerza brutal, que fué la segunda aristocracia.

Los fuertes transmitieron naturalmente, con sus bienes, la autoridad á sus hijos, y subyugados los débiles, sin atreverse á protestar, habituáronse poco á poco á considerar á aquéllos como herederos de los derechos conquis-

tados por sus padres, y como superiores suyos. De aquí la division de la sociedad en dos clases: superiores é inferiores, los que mandan y los que obedecen; de donde se originó en consecuencia la aristocracia del nacimiento, que llegó á ser tan poderosa y prepotente como la de la fuerza; puesto que, si por sí misma no tenía la fuerza, como en los primitivos tiempos en que era preciso arriesgar la persona, disponia de una fuerza mercenaria. Disponiendo de todo el poder, naturalmente se concedió privilegios.

Para la conservacion de éstos, necesario era darles el prestigio de la legalidad, é hizo las leyes en provecho suyo, lo cual le era fácil, pues sólo ella las hacia. No siempre bastaba esto, y dióles el prestigio del derecho divino, para hacerlos respetables é inviolables. Para mantener este respeto entre la clase sometida, que se hacia más y más numerosa y más difícil de sugetar, aun por la fuerza, sólo habia un medio, cual era el de impedirle que viese claro, es decir, mantenerla ignorante.

Si la clase superior hubiese podido alimentar á la inferior sin hacerla trabajar, hubiera conseguido disponer de ella durante mucho tiempo aún; pero como ésta se veía obligada á trabajar para comer, y á trabajar tanto más cuanto más tiranizada era, resultó que la necesidad de encontrar siempre nuevos recursos, de luchar con una invasora competencia y de hallar nuevas salidas á los productos, desarrolló su inteligencia, viniendo á ilustrarse por los mismos medios que se empleaban en dominarla. ¿No se vé en esto el dedo de la Providencia?

La clase sometida vió, pues, claro; vió la poca consistencia del prestigio que se le oponia, y sintiéndose fuerte por su número, abolió los privilegios y proclamó la igualdad ante la ley. Este principio ha señalado en ciertos pueblos el fin del reino de la aristocracia de nacimiento, que sólo es nominal y honorífica, puesto que no confiere más derechos legales.

Entónces se levantó otro nuevo poderío, el del dinero, puesto que con él se dispone de los hombres y de las cosas. Era el dinero un sol naciente ante el cual se han inclinado los mortales, como se inclinaban ántes á presencia de un blason, y más aún. Lo que no se concedia ya al título, se concedia á la fortuna, y ésta ha tenido sus privilegios. Pero

(1) *Revue spirite*.

echóse de ver entónces que, si para hacer fortuna, se necesita cierta dosis de inteligencia, no era menester tanta para heredar; que los hijos son con frecuencia mas aptos para comérsela que para ganarla, y que los medios de enriquecerse no siempre son irreprochables. Resulta de esto que el dinero pierde poco á poco su prestigio moral, y que tiende á sustituir á este poderío otro poderío, otra aristocracia más justa: la de la inteligencia, ante la cual puede inclinarse cada uno sin envilecerse, porque pertenece así al pobre, como al rico. ¿Será ella la última? ¿Es la más alta expresion de la humanidad civilizada? No.

La inteligencia no siempre es prenda de moralidad, y el hombre más inteligente puede hacer muy mal uso de sus facultades. Por otra parte, la moralidad de por sí solamente, puede ser incapaz con frecuencia. La union de estas dos facultades *inteligencia y moralidad* es necesaria, pues, para crear una preponderancia legítima, á la cual se someterán ciegamente las masas, puesto que les inspirará completa confianza por su ilustracion y justicia. Esta será la última aristocracia, la que será consecuencia, ó mejor, señal del advenimiento del reino del bien en la tierra. Llegará naturalmente por la fuerza de las cosas, y cuando los hombres de semejante categoría sean bastante numerosos para formar mayoría, á ellos confiarán las masas sus intereses.

Segun hemos visto, todas las aristocracias han tenido su razon de ser; han nacido del estado de la humanidad, y lo mismo sucederá con aquélla que vendrá á ser una necesidad. Todas han tenido ó tendrán su época segun las comarcas, pues ninguna se basaba en el principio moral, y sólo este principio puede constituir una supremacia duradera, porque estará animada de los sentimientos de justicia y caridad; supremacia que llamaremos: *aristocracia intelecto-moral*.

Semejante estado de cosas ¿es posible con el egoismo, el orgullo y la codicia que se enseñorean de la tierra? A esto respondemos redondamente: sí, no sólo es posible, sino que sucederá, pues es inevitable.

La inteligencia domina hoy; es soberana, nadie podrá negarlo, y esto es tan cierto, que se vé al hombre del pueblo llegar á los primeros empleos. Esta aristocracia ¿no es mas justa, mas lógica y mas racional que la

de la fuerza brutal, la del nacimiento ó el dinero? ¿Por qué, pues, ha de ser imposible aunarla con la moralidad?—Porque, dicen los pesimistas, el mal domina en la tierra.—¿Se ha dicho acaso que nunca triunfará del mal el bien? Las costumbres, y en consecuencia las instituciones sociales ¿no son hoy cien veces mejores que en la edad media? ¿Cada siglo no ha señalado su progreso? ¿Por qué, pues, ha de detenerse la humanidad, cuando aún tiene tanto que hacer? Los hombres por natural instinto buscan su bienestar; si no lo encuentran perfecto en el reino de la inteligencia, lo buscarán en otra parte, y ¿dónde podrán hallarlo sino en el reino de la moralidad? Para esto, es preciso que la ventaja numérica esté de parte de la moralidad. Es innegable que mucho hay que hacer aún; pero, volvemos á decirlo, ¿no sería una vana presuncion decir que la humanidad ha llegado á su apogeo, cuando se la vé adelantar incesantemente en el camino del progreso?

Digamos, ante todo, que los buenos en la tierra no son tan raros como se cree; los malos son numerosos, esto es desgraciadamente cierto; pero lo que hace que parezcan más numerosos, es que tienen más audacia y comprenden que les es necesaria para triunfar. Y sin embargo, conocen de tal modo la preponderancia del bien, que, no pudiendo practicarlo, lo simulan.

Los buenos, por el contrario, no hacen alarde de sus buenas cualidades; no se ponen en evidencia, y hé aquí porqué parecen tan poco numerosos; pero buscad los actos íntimos realizados sin ostentacion, y en todas las clases de la sociedad encontrareis bastantes buenas y leales naturalezas que os tranquilizarán el corazon, y os harán no desesperar de la humanidad. Y luego, tambien es preciso decirlo, entre los malos, hay muchos que lo són solo por impremeditacion, y que serian buenos, si se los sometiera á una buena influencia. Sentamos como hecho que de cada cien individuos, haya 25 buenos y 75 malos. Entre estos últimos, 50 lo son por debilidad, y serian buenos, si presenciaran buenos ejemplos, y sobre todo, si desde la infancia hubiesen tenido una buena direccion. De los 25 francamente malos, no todos son incorregibles.

En el actual estado de cosas, los malos están en mayoría y hacen la ley á los buenos. Supongamos que una circunstancia produzca

la conversion de 50 medianos; los buenos pasarán á ser mayoría y harán la ley á su vez. De los restantes 25 abiertamente malos, muchos sufrirán la influencia, y sólo quedarán algunos incorregibles sin preponderancia.

Tomemos por comparacion un ejemplo. Hay pueblos en los que el asesinato y el robo son el estado normal; el bien es escepcional en ellos. En los pueblos más adelantados y mejor gobernados de Europa, la escepcion es el crimen. Encadenado por las leyes, no influye en la sociedad. Lo que domina aún en ellos son los vicios de carácter: el orgullo, el egoismo y sus consecuencias.

¿Por qué, pues, progresando esos pueblos, no han de llegar á ser escepcion en ellos los vicios, como lo son hoy los crímenes, mientras los pueblos inferiores se ponen á nuestro nivel? Negar la posibilidad de esta marcha ascendente, equivaldria á negar el progreso.

Ciertamente que semejante estado de cosas no puede ser obra de un dia; pero, si una causa hay que deba apresurar su advenimiento, es sin duda el Espiritismo. Agente por excelencia de la solidáridad humana, presentando las pruebas de la vida actual como lógica y racional consecuencia de actos realizados en existencias anteriores; erigiendo á cada hombre en artífice voluntario de su propia dicha, resultará necesariamente de su vulgarizacion universal una elevacion sensible del actual nivel moral.

Los principios generales de nuestra filosofía están apenas elaborados y coordinados, y han reunido ya en una imponente comunión de pensamientos, millones de adeptos diseminados por toda la tierra. Los progresos realizados bajo su influencia, las trasformaciones individuales y locales que han provocado en ménos de quince años, nos permiten apreciar las inmensas modificaciones que están llamados á determinar en el porvenir.

Pero, si gracias al desarrollo y aceptacion general de las enseñanzas de los Espíritus, el nivel moral de la humanidad tiende constantemente á elevarse, nos engañaríamos extraordinariamente, suponiendo que la moraidad se hará preponderante con relacion á la inteligencia. El Espiritismo no exige, en efecto, que se le acepte ciegamente, sino que pida discusion y luz.

«En vez de la fé ciega que anonada la libertad de pensar, dice: *Sólo es inquebrantable la fé que, en todas las edades de la*

humanidad, puede mirar cara á cara á la razon. Una base es menester á la fé, y esta base es la perfecta inteligencia de lo que se crée; para creer no basta ver, es preciso sobre todo comprender.» (Evangelio segun el Espiritismo). Con razon podemos, pues, considerar al Espiritismo como á uno de los más poderosos precursores de la aristocracia del porvenir, *la aristocracia intelecto-moral.*

ALLAN KARDEC.

CARTAS SOBRE EL ESPIRITISMO,

POR UN CRISTIANO.

IX.

París 30 de julio de 1863.

Querida Clotilde:

Voy todavía á añadir á las precedentes citas, algunas otras, porque quiero concluir esta cuestion; pero para no alargar demasiado estas etapas, no haré comentario alguno.

Hé aquí lo que dice M. de Brotonne en su libro de *La civilisation primitive*:

«Lo que no está prohibido suponer, y lo que conciliaria mejornuestras esperanzas con las nociones accesibles de un porvenir enteramente incomprensible: es la travesía sucesiva y remuneratriz á otros estados superiores, en los que el límite material atenuado dejaria al Espíritu un vuelo más libre hácia el infinito que le atrae.

«El acceso á mundos más puros, puede ser prometido al hombre como término á la tendencia que le arrebatara hácia lo bello y el bien, y como premio de su penosa y perseverante lucha contra los toscos límites que á su alma oscurecen.

«La materia ó la forma serán ménos pesadas con proporcion á los progresos que hayamos hecho en la lucha contra el organismo, y segun hayamos adelantado en ciencia y moralidad. Si la recompensa ó el estado futuro, del cual adivinamos los esplendores, está en proporcion con todo lo que es grande y hermoso, el comportamiento de cada individuo en la tierra tiene su premio determinado de ante mano, segun la clase y extension de sus esfuerzos.

«Cuanto más luchemos en las primeras pruebas, tanto más alto será el rango que nos espera, y así habremos subido muchos

grados en la misma escala que tenemos que recorrer.»

Oiga V. ahora, querida prima, lo que dice Lessing:

«¿Qué razón hay para que el hombre no haya existido muchas veces en el mundo? ¿acaso esta hipótesis es ridícula por ser la más antigua y porque el espíritu humano la formó desde luego, cuando todavía no se había falseado y debilitado con los sofismas escolásticos? ¿Por qué no habría yo adelantado en el mundo sucesivamente hacia mi perfeccionamiento, para poder alcanzar premios y pruebas temporales? ¿acaso no podría yo hacer más adelante lo que me resta que hacer, con el socorro tan poderoso de la contemplación de las recompensas eternas? pero me dicen que perdería mucho tiempo; ¿perder tiempo? pues, ¿quién me apresura? ¿acaso no tengo toda la eternidad?»

Pasemos á Eugenio Pelletan:

«El mundo pagano se aproximaba á su fin; pero ántes de desaparecer para siempre en esa necrópolis de cosas humanas que llamamos historia, quiso reasumir su pensamiento en una postrera figura. En el día fijado para esa solemne agonía, una mujer se alzó en las orillas del Nilo, como la radiante encarnación del géneo de la antigüedad. Era hija del geómetro Jheon. Encontró la ciencia innata en su cuna, aprendió la astronomía en los brazos de su padre. Su primer alfabeto fué el firmamento. Juguetearlo midió el espacio, con la punta de su compas.

«Cuando hubo leido en el cielo los secretos de los astros, fué á estudiar á Atenas la metafísica, esa otra astronomía del pensamiento. Evocó bajo la sombra del Plátano del Pireo, el espíritu errante de Platon. Acogió en su casto corazón el invisible ideal. Y pensativa como una jóven después del primer beso, volvió á Alejandría. A su regreso la juventud neoplatónica la colocó en la Cátedra vacante en donde se oía todavía el último eco de la palabra de Platon.

«La celebridad de esta musa nacida de una sonrisa de Platon, extraviada sobre los límites del siglo quinto, era una viva injuria para el cristianismo triunfante. El obispo Cirilo se sobreogió al oír esa voz de otra civilización que hablaba de cuatro siglos atrás. Comunicó su inquietud á su Iglesia. Los monjes todos de Alejandría se estremecieron. Un

sueño de sangre visitó al cenobita penitente, recostado en su celda.

«Más la inspirada jóven, orgullosa de su superioridad entre las almas, recorría lentamente las calles de Alejandría, con su traje purpúreo, en pie sobre un carruaje tirado por cuatro caballos blancos, que ella dirigía, mirando instintivamente al cielo. Seguía meditando en Dios sobre la esencia del pensamiento; y cuando había pasado el crugido de su traje, se oía como el susurro divino de su meditación.

.....
«.....Al día siguiente, un discípulo desconocido recogió los trozos de aquel cuerpo y los colocó piadosamente sobre una hoguera. Echó sobre el fuego el Cínamo, el Papirio, en donde alentaba todavía el géneo de la Grecia, cuanto había amado la jóven mártir pagana, todo cuanto ella glorificó entre los vivos.

«El holocausto sublime de toda una civilización desapareció en un torbellino de humo y de perfume. Y desde aquel día, aquella alma del antiguo mundo que tuvo por nombre sobre la tierra Hipatia, *está errante misteriosamente en el ambiente esperando una nueva encarnación.*»

Hé aquí lo que escribió E. Pelletan en su *Profesión de fé del siglo XIX*, y su opinión corrobora la de todos los demás escritores citados por mí en estas cartas.

Copio ahora del *Livre postume* de Máximo Du Camp, los fragmentos siguientes:

«Las facciones de Silvyuis se veían animadas extraordinariamente; sus lábios se movían como para orar. Todos callaban, se oía el péndulo del Reloj.

«Sostenedme, dijo, quiero hablar todavía.

«Nó; no soy un impío, porque creo en tí, ¡oh Dios mío! origen de toda virtud, de toda verdad, de toda inteligencia, de toda justicia y de toda misericordia; yo creo en tí! Tú estás en nosotros como nosotros estamos en tí; tú gozas y sufres en nosotros, ¡oh Dios que nos compadesces! tú eres la grande alma que mueve los mundos, tú eres la vida eterna que se irradia en toda la creación y hasta en esos perfumes volátiles que son quizá animalillos odoríferos. Es tu esencia en toda la naturaleza que la hace tan bella; es á tí y siempre á tí á quien buscamos, á quien amamos en los pai-

sajes, en las mujeres, los astros y el azulado cielo; es hacia tí que nos dirigimos, es para acercarnos á tí, es para comprender mejor los misterios de tu esencia infinita, que sin cesar procuramos aumentar nuestra inteligencia y nuestro corazón; ¡oh Dios mío! yo creo en tí; tú eres el ideal, poder indestructible, invencible, persistente, inalterable, siempre creciente y fortificante, madre de la fé, de la esperanza, de la caridad, de la rehabilitación, agente misterioso que habla á la conciencia de cada uno y abraza el corazón de todos, fluido invisible que nunca está inmóvil, que adelanta lenta, pero irremisiblemente hacia su fin y que lo impulsa todo de consuno, hasta á sus enemigos, los obstáculos y las persecuciones; tú eres el ideal, río caudaloso que fecunda recorriendo la humanidad y que la penetra como el agua á la esponja! tú eres el amor, atracción irresistible que conmueve todas las moléculas de tu esencia esparcidas en el gran todo, y que las empuja sin cesar la una hacia la otra, para que dos partes de tí puedan reunirse momentáneamente en una unión llena de éxtasis; los materialistas han llamado á este éxtasis turbación de los sentidos, y quizá sea la vibración de tu beatitud que se manifiesta en nosotros! ¡Oh Dios mío, yo creo en tí!

«Yo creo en tí, que todo lo sabes por el recuerdo soberano y la presciencia soberana; yo creo en tí, motor del progreso, en tí que sacas los mejores efectos de las peores causas; yo creo en tí, tú eres el alma en que vivimos, tú eres el alma que vive en nosotros; yo creo en tí, yo creo en tí!

«Yo creo en mi alma, emanación esencial de Dios, parte integrante de él, y divina como él es divino; yo creo en mi alma inmateria y progresiva por naturaleza, inteligente en sus operaciones, eterna en su destino!

«Yo creo que mi alma está dotada de ubiquidad, porque existe fácilmente en muchos sitios y lugares á la vez; en el corazón de mis amigos, en el alma de mi amada, en el recuerdo de los que están lejos, en los animales que me sirven, en los paisajes que yo amo, en los océanos que atraviese, en las estrellas que contemplo, en los desiertos en donde dormí, en los muertos que me precedieron!

«Yo creo que mi alma es una agregación de mónadas diversas, legión compuesta de esencias diferentes, tomadas de otras almas

que yo encontré, queridas ó odiadas, vencidas ó asistidas, perdidas ó salvadas durante *mis precedentes existencias*! Son esas partes de almas, que están cada una en sí como una alma, que luchan con mis pasiones, mis virtudes y mis vicios; son ellas que, depositarias de las reminiscencias de *mis vidas anteriores*, son mis antipatías, mis simpatías y mis *ideas innatas*; son ellas que por turno y según lo que las suscita, miran con mis ojos y les dan esas expresiones variables de maldad, de dulzura, de cólera, de caridad, de valor, de miedo, de bondad, de ternura.

«Están reunidas en mí como una especie de asamblea deliberante, que discute, juzga, dirige, sentencia, aprueba, corrige, contiene, escita, atenúa mis pensamientos y mis acciones. Cada una de ellas dá sus razones en pró y sus razones en contra, y los acuerdos son por mayoría de votos, escepto, sin embargo, el caso de una circunstancia imprevista y grave que hace surgir una decisión unánime obtenida por la irresistible elocuencia de una de las moléculas interesadas, entonces, como dicen las buenas gentes, cedo á mi primer impulso. Ese conjunto que siempre crece en inteligencia y en número es lo que constituye mi alma eterna.

«Vivió ya bajo una forma palpable y vivirá todavía; irá subiendo la escala ascendente del engrandecimiento intelectual; cuando sea la mónada mas elevada de este planeta, presentará la próxima venida de nuevos tiempos, activará la marcha de la humanidad iluminada con sus rayos, y la arrastrará toda en pos suyo hacia mundos superiores á donde iremos todos juntos á gozar de sentidos mas perfectos y mas numerosos, de sensaciones mas múltiples y mas vivas, de una razón mas elevada, de una comprensividad mas extensa; ella será la guía de las mónadas sus hermanas, libres de sus instintos prevaricadores, hacia la esencia misma de Dios que es la justicia suprema, la supremacía intelectual, la suprema verdad, el supremo amor.

«La felicidad durante la vida es cosa insignificante para Dios; únicamente la inteligencia y las virtudes que son su consecuencia, tienen valor á sus ojos; cuanto mas inteligente es el hombre, tanto mas espera del Señor, tanto mas cerca está de la beatitud. ¿Qué importan las desgracias y las miserias? ¿No es acaso el fuego el que purifica los metales? la inteligencia, dádiva directa de Dios,

es el premio del trabajo ejecutado en las *existencias precedentes*; únicamente se la encuentra siguiendo el camino providencial; los demás bienes están á menudo en el camino del libre albedrío ó de la fatalidad; dicho-so aquel á quien tocan la una y los otros. Se dice de los poetas y de los apóstoles que están por cima de la humanidad: esto es verdad; la vía divina en la que adelantan pacíficamente, domina desde muy alto todos los intereses *mortales* del *yo* y del *no yo*.

«Yo creo en la persistencia del *yo*, fuerza latente y de la cual estoy cierto y que á veces surge con toda su claridad; conciencia adormecida, pero siempre viva, que se despierta el día en que la muerte se apodera de mi cuerpo. Muy pronto moriré, es decir, muy pronto estaré apropiado á una nueva transformación; entónces mi alma, despojada de esa envoltura carnal que la encierra y de la cual procura siempre salir, mi alma, posesionada nuevamente de su *yo*, comprenderá todos los progresos que obtuvo, se apercibirá de los que le quedan por hacer, analizará los efectos y las causas y se *encarnará alegremente en otro cuerpo*, á fin de continuar la obra para la cual Dios la escogió.

«Yo creo en la misión providencial de esos hombres de abnegación, apóstoles y profetas, que contribuyeron á la elevación del espíritu humano iniciándole en una moral superior, y que esparcieron sobre su raza semillas de las cuales las generaciones sucesivas recogerán los frutos; creo en ellos, creo en Zoroastro, en Sócrates, en Manon, en Abraham, Moisés, Confucio, Jesucristo, Manér, Mahoma, Lutero, y en otros muchos todavía; creo en aquellos á quienes he visto en mis días, dulces, benéficos, pacificadores, redimiendo la carne y fecundando el espíritu, á quienes se han prodigado ultrajes, para que tengan también su martirio como el HIJO DEL HOMBRE. Rechazo con toda mi razón ese insensato espantajo de penas eternas, de infiernos llenos de llamas, de diablos cornudos, y de Satanás, malditos para siempre, fantasmagoría ridícula de las que se sirven los malos para terrorizar á los débiles; yo creo en un Dios indulgente y misericordioso; el Dios vengador murió y no renacerá, pasaron ya los tiempos de las divinidades con cólera y aterradoras; los cielos implacables se cerraron para siempre; Jehovah Sabaoth no tiene ya ejércitos y hé aquí que la sangre de su

hijo no basta para saciar la sed de la humanidad palpitante.

«Quiero recitar LA ORACION DOMINICAL, aquella que Jesús enseñaba á sus discípulos en los empolvados caminos de la Palestina, la oración de aquellos que aman, de aquellos que creen, de aquellos que padecen, de aquellos que esperan.

«Haciendo un nuevo esfuerzo, Silvyus, alzando los ojos al cielo, recitó lentamente con voz que iba debilitándose mas y mas:

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, vénganos el tu Reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo; el pan nuestro de cada día, dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores; no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal, amen.»

«Cuando hubo concluido, se dejó caer sobre la almohada y quedó Selmioso, inmóvil, pálido, desfigurado, extenuado....

«Después, animado por el último destello, pudo decir:

«Yo iré, yo iré subiendo por la espiral infinita de las creaciones superiores, dilatándose mi alma en la naturaleza toda, atraído hacia Dios por la parte de su creencia que yo conservo en mí, gravitando en derredor suyo, como un satélite en derredor de su planeta y acercándose siempre mas á él. Yo iré; yo iré hacia las recompensas del porvenir; yo volveré á encontrar en *las existencias futuras* los amores que me hicieron gozar y sufrir en esta vida, que dejo sin pesar, porque ahora mis horizontes van á ensancharse; yo iré y encontraré esa felicidad, porque llevo en mí mismo el derecho de ser feliz, derecho imprescriptible cuya conciencia grabó Dios en mi corazón y que algún día ejerceré libremente. No llores! No llores! alcanzo una nueva libertad. Vías mejores me esperan por las que marcharé sin fatigas, no llores! Los partos tenían razón, al lamentarse delante de las cunas y regocijarse sobre las tumbas! Inteligencia de Dios, yo te saludo; tú me llamas y hacia tí voy.»

«Este fué su último momento lúcido.» (1)

Hé aquí ahora otro episodio que copio del mismo autor; méfelo V., amiga mía, por-

(1) Prohibamos estas citas como prueba que son de que muchos autores no espiritistas aceptan la pluralidad de existencias. Por lo demás, no estamos conformes con todos sus asertos. (N. de la R.)

que es una prueba de la convicción de Máximo Du Camp respecto á la sublime idea de la reencarnación.

«París 24 de octubre de 1862.

«Hoy hace un hermoso día; hacia sol, salí para ver otra vez árboles antes de morir; las hojas enrojecidas y amarillentas por el otoño, se movían al soplo de una brisa tibia como en un día de primavera. Fui á las Tullerías, me senté á la sombra de los castaños y me estuve mirando á varios niños que se divertían cerca de mí. Jugaban en círculo, asidos de las manos y cantaban...

«Esos corros que yo contemplaba con tristeza, me recordaban Mezieres y creía ver á la rubia Polonia que estaba tan bonita con su vestido negro. Miraba á esas criaturas que saltaban al compás....

«Una niña de unos dos años jugueteaba al lado de mi silla, casi á mis piés; ponía con mucha formalidad arena en una cestita, después hacia unos montoncitos sobre los cuales plantabaramitas caídas. Una muchacha estaba á la vista cuidándola con esmero. Este juego duró algunos minutos, después la niña se sentó en el suelo, dirigió sus miradas hacia mí y me vió.

«Fijó de un modo singular su mirada en la mía y, sin sonreírse siquiera, me estuvo contemplando mucho rato. De repente se levantó; dejando su palita y la cesta, vino hacia mí, se colocó entre mis rodillas, y me dijo seriamente en lenguaje imperfecto todavía:

—«Buenos días, señor!

«Me incliné hacia ella y la di un beso. Se puso colorada, y en sus ojos noté un sentimiento tan triste, que me conmovió á pesar mío; la hablé endulzando mi voz y la pregunté su nombre.

—«Me llamo Mariquita, me dijo.

—«Y bien Mariquita, ¿sois buena siempre? Pareció no comprender mi pregunta y no contestó; había cogido mi bastón y jugaba con el cordón, y no cesaba de mirarme.

—«Oh! señor, te quiero mucho, me dijo.

«Después subió sobre mis rodillas, se sentó, cogió mi mano en la suya y no se movió ya. La dejé hacer.

«La muchacha se acercó y cogiéndola por la capita la dijo: vamos, señorita María, está V. importunando á este caballero, baje V.

«La niña asándose á mi cuello, se puso á llorar diciendo: no! no! no quiero! no quiero!

«Déjela V., dije á la muchacha, no me incomoda.

«La niña, colocada sobre mis rodillas, me daba besos, pero sin sonreír siquiera, y manteniendo su semblante como pesaroso, me decía: quiero que tu seas mi papá! cogí su carita entre mis manos, y me puse á mirar con atención sus facciones redondeadas é indeterminadas como lo son generalmente las de los niños; una palidez mate daba un tono uniforme á su cara rodeada de cabellos muy negros. Mirando yo esos ojos no se qué reminiscencia confusa pasó por mi imaginación; eran de un azul oscuro y casi morados, sus largas y arqueadas pestañas daban un tinte de languidez á su expresión, como afligida, desconsolada y casi moribunda. Yo estaba conturbado con una emoción desconocida bajo la persistencia de esa mirada. ¿En dónde había yo visto ojos iguales? De repente la cara de Susana aparece en mi memoria, y reconozco aquellos dos ojos tristes que tantas veces me habían mirado. ¡Oh Susana! ¿eres tú? Sentí un terrible estremecimiento, mi corazón latía con violencia, y como Cristo en el jardín de los olivos, sentí un sudor frío y abundante. Señor! Señor! ¿Es acaso ésta una de vuestras revelaciones?

«Quedé anonadado, estupefacto, asombrado, inmóvil, pensando que el alma de Susana habitaba el cuerpo de aquella niña, que había venido hacia mí, naturalmente, sin que se lo indicase, sin esfuerzo, y no quería dejarme.

«Hace hoy tres años que murió Susana. En medio de mis siniestras preocupaciones, no había pensado en ello; este extraño incidente me recordaba con fuerza ese aniversario.

«La niña seguía acariciándome, su niñera la miraba sorprendida.

—«Dispense V., caballero, me dijo, nunca la he visto así, por lo regular á nadie habla, es muy dócil, pero no ríe nunca; tiene siempre un aire tan triste que casi dá ganas de llorar.

—«¿Qué tiempo tiene? pregunté casi desfallecido.

«Aquella muchacha pareció estar discutiendo y me contestó sin notar el temblor de mis manos: esta mañana cumplió dos años y tres meses. Ah! me acuerdo muy bien, como que la ví nacer; fué una malísima mañana; la señora había sufrido mucho toda la noche; hacia las cuatro, al despuntar el día, nació esta

niña, pero tan flaquita, tan débil, tan chiquita, señor, que daba compasión. El médico creyó al pronto que estaba muerta; por fin lloró; pero está casi siempre enferma, y nos ha costado mucho trabajo criarla.

«Aquella niña había nacido, pues, nueve meses casi justos después de la muerte de Susana, di un grito y la estreché contra mi corazón. Entonces con una sonrisa que no me atrevo á expresar, se esparció una alegría indecible sobre su carita, poco há pensativa; se reclinó sobre mi hombro y echó á llorar sin gritos ni sollozos.

«Es indudable, el alma de Susana está en esta niña.

»Tuve un instante la intención de robarla, de echar á correr, de huir con ella y de conservarla siempre para principiar de nuevo á vivir á su lado, porque aquel encuentro fué providencial. Debe haber en Bretaña, cerca del mar, en las cercanías de Fouesnant y de Concarneau, algun rincón olvidado en donde quizá pudiera vivir todavía en paz y feliz cerca de esta niña, cerca de esta nueva Susana. ¡Sueño de locura! la niñera me habría delatado y además no tengo ya valor para nada.

»Durante dos horas, estuve en compañía de la niña, absorto, no reparando en nadie más, sintiendo una fé arraigada apoderarse de mí, dando gracias á Dios con el mayor fervor. He sido muy torpe creyendo, un minuto siquiera, en ese infierno con el cual quieren espantarnos.

»Cuando el sol iba ya á ponerse, la muchacha quiso llevarse á María. La niña asida á mi levita, no quería marcharse y decía llorando: ¡No quiero! ¡No quiero! es mi bien amado.

»Fué una escena casi terrible; la muchacha no sabía ya que hacer: María lloraba gritaba. Yo estaba medio muerto. Algunas personas se paraban delante de nosotros y y principiaban á mirarnos con curiosidad; cogí en mis brazos á María y la dije: Sé obediente, querida hija, vé con tu muchacha; volveré á verte; pero si no eres obediente, y no quieres volver á casa, no te veré más.

»La pobrecita ahogó su llanto y volviendo hácia la muchacha su carita contristada la dijo con voz sofocada: vámonos, tita. Después me abrazó; su muchacha la cogió en brazos y se marchó con ella; mientras pudo verme siguió mirándome y me tiraba besos con sus manitas. Cuando hubo desaparecido tras los

enverjados, salí de mi enajenamiento y eché á andar llorando.

«Es mi convicción arraigada, inmutable, que Susana existe, y que la he visto.»

¿No es verdad, querida prima, que la muerte de Silvyus y ese drama conmovedor de las Tullerías encierran mucha enseñanza? No procede esto, sólo de la imaginación, sino que es reflejo de la más completa convicción.

Adios, amiga mía, Dios la guarde.

N. N.

ESPIRITISMO TEÓRICO-EXPERIMENTAL.

Utilidad de las manifestaciones físicas.

Strauss, el filósofo alemán, en su *Vida de Jesús* obra que, según es sabido, ha producido notable sensación, niega las maravillas del Espiritismo divino, que presenciaron los tiempos solemnes del advenimiento del Mesías, y que éste, y más tarde sus apóstoles y sucesores, llevaron á cabo. Y no se detiene aquí, sino que en su «Dogmática» se declara francamente panteísta, y por consiguiente adversario de la creencia en la inmortalidad del alma.

Este autor es el que hemos elegido, á causa de la claridad que brilla en sus escritos, (cualidad poco común entre sus colegas de Alemania) para refutar sus argumentos en la introducción de nuestra reciente obra titulada: *Pluralidad de existencias*.

Posteriormente ese hombre superior, que niega á Dios y al Mesías, que niega el alma humana, fué invitado por Kerner, el célebre médico de la *vidente* de Prevorsts, á hacer una visita á su enferma; y el filósofo, el hombre escéptico y descreído por excelencia, se limitó á pedirle que le pusiese en relación magnética con ella. Veamos ahora lo que é mismo dice acerca de lo que experimentó, en su obra titulada: *Scherium von Prevorsts*.

«La sonrisa de incredulidad que, al empezar, brillaba en mi fisonomía, desapareció muy pronto, al experimentar una sensación inexplicable, en nada parecida á cuanto yo había sentido en mi vida. Parecióme, al darle la mano, que faltaba bajo mis pies el suelo y que iba yo á desaparecer en el va-

»cio, y hasta me figuré ver en el espacio, »fantasmas que vagaban y se cernían sobre »mi cabeza. Por lo demás, si hemos de juzgar por las prolongadas conversaciones de »la *vidente* con los Espíritus invisibles, buenos ó malos, dichosos ó desgraciados, debo »convenir, SIN QUE SEA DABLE FORMAR SOBRE ELLO DISTINTA OPINION, Y SIN QUE ADMITA DUDA, en »que la enferma es una verdadera extática, »que mantiene relaciones con seres de una »esfera superior.»

Idéntico hecho había tenido lugar anteriormente con referencia á otro filósofo eminente, tan grande escéptico como el ilustre Strauss, aunque en distinto género y por diferentes motivos. Hablamos de Kant el pensador profundo de Königsberg, autor de las famosas antinomias, por medio de las cuales establece, en conclusion que, dado el caso de que Dios exista, es indemostrable, y que lo mismo puede decirse respecto á la inmortalidad del alma; dos postulados de la razon práctica que se sustraen completamente á la razon teórica. Decir esto era hacer gala del mas osado escepticismo y pretender que en el orden intelectual, de nada se tiene certeza. Por una injustificable contradiccion, Kant conservaba de hecho, lo mismo que condenaba en el terreno de las teorías. Fichte, discípulo de Kant en sus primeros años, explica el porqué de semejante inconsecuencia, diciendo que debía creerse en Dios y en el alma, á causa de ser necesaria la fé para obrar, pero sin dar por fundamento á esta misma fé, el más leve principio, ni siquiera una simple deducccion.

A despecho de esto, hácia los últimos años de su vida, vemos al mismo Kant, ocuparse de dos anécdotas atribuidas al *vidente* sueco Swedenborg, anécdotas que le molestan, le oprimen, y acerca de las cuales se entregaba á las más minuciosas investigaciones. Tratábase en una de ellas de un recibo que se había extraviado y se encontró, merced á la conversacion tenida por Swedenborg con un difunto. Versaba la otra sobre un incendio anunciado por los Espíritus á Swedenborg, incendio que reducía á cenizas una gran parte de la ciudad de Stockolmo, y se extendía en el momento preciso en que el extático, que se encontraba á distancia de más de veinte leguas del lugar del siniestro, iba describiendo sus progresos.

Después de haber agotado todos los argumentos, de haber expuesto todas sus dudas, é interrogado á todos los testigos de ámbos sucesos, Kant, lo mismo que Strauss, se vé obligado á confesar, que no hay medio de negar que las anécdotas son verídicas y están conformes con la realidad, y llevado á este extremo por la evidencia, escapando del laberinto de su filosofía pasada, profiere en alta voz y categóricamente, las siguientes palabras profetizadoras del actual Espiritismo (Traum Eines Geistersehers):

»No está lejano el día en que se demuestre que el alma humana puede, á parte de »su existencia actual, vivir en estrecha é indisoluble comunión con los seres inmatrimiales DEL MUNDO DE LOS ESPIRITUS, »mundo que, á no dudarlo, obra é influye »profundamente sobre el nuestro, y de cuya »influencia no posee el hombre exacto conocimiento en nuestros días, si bien lo adquirirá más adelante.

¿Puede darse opinion mas formal y mas explícita que la que emite Kant en esta profecía?

¿Por qué medios han llegado á adquirir ese convencimiento tanto Strauss, como Kant? Strauss lo debe á los efectos sensibles que experimentó, al ponerse en contacto con la *vidente* de Prevorsts; Kant á los efectos sensibles tambien, y materiales, palpables, apoyados por testimonios irrecusables, que la elevada razon del filósofo debió pesar con madurez, antes de decidirse á admitirlos. Y si tratándose de hombres tan distinguidos y de tal temple, han sido indispensables las manifestaciones físicas para atraerlos, ¿habrá quién extrañe que haya sido preciso valerse de los golpes, de la tiptología, de las mesas giratorias, de la escritura directa, de las suspensiones en el aire, de los conciertos celestes y, en una palabra, de todo ese cortejo de manifestaciones materiales, para convertir á la verdad, á la inmensa mayoría de los hombres, llegados al extremo de no creer mas que en las cosas sensibles y que afectan los órganos de su cuerpo material y grosero? ¡Ah! Si los hombres hubiesen sido, no diremos perfectos, porque la perfeccion no es de este mundo, sino siquiera más espirituales; Dios y sus Espíritus hubieran podido conversar con ellos al oído, las relaciones entre la tierra y el cielo se hallarian plenamente establecidas, y no hubiera sucedido que, al in-

tervenir en nuestras inspiraciones los ángeles de nuestra guarda, nuestros Espíritus protectores, creyéramos, guiados por un sentimiento de orgullo y desconociendo su verdadero origen, deber atribuirá nuestra inteligencia, el mérito de aquellas inspiraciones.

Por esto cuando fué llegado el momento de dar un golpe decisivo, hubo necesidad de echar mano de aquellos medios que estaban en relacion con el estado de atraso de nuestro globo. El hombre no creia mas que en la materia y en los sentidos, y fué preciso que la materia se moviese y que los sentidos fueran afectados. Hé aquí porqué los Espíritus buenos, obrando bajo la direccion del sér Supremo, han hecho mover las mesas y el lápiz, y producido tan variados efectos físicos, empleando en actos inferiores á los obreros del mundo espiritista; y hé aquí tambien porqué los Espíritus malos, que Dios ha dejado permanecer entre los hombres, para su instruccion y mejoramiento progresivo, tratan á veces de intervenir, aunque rechazados siempre ó contenidos por las oraciones de los evocadores, que logran con frecuencia atraerlos al arrepentimiento.

El Espiritismo no puede arraigarse en la tierra por los mismos medios que en otros mundos más afortunados, en que existe comunicacion espiritual con los Espíritus y no se encuentra interrupcion entre el mundo de los séres encarnados y desencarnados. Aquí, en nuestra tierra material y grosera, ha sido preciso vencer al naturalismo con sus propias armas, para hacer entrar de nuevo á los hombres extraviados, en el círculo de la fé, en su inmortal destino.

ANDRÉS PAZZANI, *Abogado de la corte imperial de Lyon.*

M. HOME.

ARTICULO I.

Los fenómenos operados por M. Home han producido tanta más sensacion, en cuanto han confirmado los maravillosos relatos venidos de Ultramar, y cuya veracidad iba unida á cierta confianza. Él nos ha probado que, dejando á parte la más lata exageracion posible, quedaba aún lo bastante

para probar la realidad de hechos verificados fuera de todas las leyes conocidas.

Se ha hablado de M. Home en diferentes sentidos, y confesamos que dista mucho de que todo el mundo le sea simpático, unos por espíritu de sistema y otros por ignorancia. Queremos aún admitir en estos últimos, una opinion concienzuda, en razon de no haber podido comprobar los hechos por sí mismos; pero si en ese caso es permitida la duda, una hostilidad sistemática y apasionada es siempre una ligereza. En todo caso, juzgar una cosa que no se conoce es una falta de lógica, desacreditarla sin pruebas, es un olvido de lo que corresponde. Hagamos abstraccion por un instante de la intervencion de los Espíritus, y sólo veamos en los hechos referidos simples fenómenos físicos. Cuanto más extraños sean estos fenómenos, mayor atencion merecen. Explicadlos como querais, pero no los neguéis *á priori*, si no quereis que se ponga en duda vuestro discernimiento. Lo que debe extrañar y lo que nos parece todavía mas anormal que los fenómenos en cuestion, es el ver que los mismos que sin cesar declaman contra las corporaciones sábias, en punto á nuevas ideas, y que les echan continuamente en cara, y en términos poco comedidos, los sinsabores sufridos por los autores de los mas grandes descubrimientos, citando á todo trance á Fúltón, Jenner y Galileo; caigan ellos mismos en semejante extravío, ellos que con razon dicen: hace pocos años que al que hubiese hablado de la posibilidad de comunicarse en algunos segundos de una á otra parte del mundo, se le hubiera tenido por un loco. Si creen en el progreso, cuyos apóstoles se titulan, que sean consecuentes consigo mismos, y no se atraigan el vituperio que dirigen á los otros, al negar lo que no comprenden.

Volvamos á M. Home. Llegado á París en octubre de 1855, se encontró desde luego lanzado en el gran mundo, circunstancia que debía haber impuesto más circunspeccion en el juicio formado sobre él; porque cuanto más elevado é ilustrado es ese mundo, mayor falta existe en dejarse engañar por un aventurero. Esa misma posicion ha suscitado comentarios. Preguntáse qué es M. Home, puesto que para vivir en el gran mundo, se dice, debe ser muy rico para hacer costosos viajes. Si no lo es, debe ser mantenido por personas poderosas. Sobre este tema se han

forjado mil suposiciones, mas ridículas unas que otras. Cuando se ha hablado tambien de su hermana, á quien fué á buscar hace un año, se decia que era un médium mas poderoso que él, y que juntos debian hacer prodigios capaces de oscurecer los de Moisés. Más de una vez se nos ha preguntado sobre este particular; hé aquí nuestra respuesta:

M. Home, al llegará Francia, no se dirigió al público, porque no quiere ni busca la publicidad. Si hubiese venido con un objeto de expeculacion, hubiera recorrido el país llamando el reclamo en su auxilio, hubiera buscado todas las ocasiones de ponerse en evidencia, mientras que ahora las evita; hubiera puesto un precio á sus manifestaciones, y sin embargo, nada exige. A pesar de su reputacion, M. Home no es lo que se puede llamar un hombre público, su vida privada sólo á él pertenece. Desde el momento en que nada pide, nadie tiene derecho á informarse de cómo vive, sin cometer una indiscrecion. ¿Está sostenido por gentes poderosas? Esto no nos importa; cuanto podemos decir es que en esa sociedad escogida, se ha conquistado verdaderas simpatías, y se ha hecho amigos apasionados, mientras que con un prestidigitador, se divierte uno, se le paga y asunto concluido. No vemos, pues, en M. Home mas que una cosa: un hombre dotado de una notable facultad. El estudio de esa facultad es todo lo que nos interesa, y debe interesar al que no está movido por el solo sentimiento de curiosidad. La historia no ha abierto aún para él todo el libro de sus secretos; hasta aquí sólo pertenece á la ciencia. En cuanto á su hermana, hé aquí la verdad: Es una niña de doce años que para su educacion la hizo venir á París, de la cual se ha encargado una persona ilustre. Apénas sabe en qué consiste la facultad de su hermano. Como se vé, todo esto es muy sencillo y muy prosáico para los aficionados á lo maravilloso.

Ahora bien, ¿por qué ha venido M. Home á Francia? Acabamos de probar que no ha sido para hacer fortuna. ¿Es acaso para conocer el país? No lo recorre; sale poco y en modo alguno tiene hábitos de viajero. El motivo patente ha sido el consejo de los médicos, que han creído que los aires de Europa le eran necesarios para su salud; pero los hechos más naturales son á menudo providenciales. Pensamos, pues, que si ha venido, es porque debía venir. La Francia, todavía

en duda respecto á las manifestaciones espiritistas, necesitaba que se diera un gran golpe; M. Home es el que ha recibido esta mision, y cuanto mas fuerte se ha dado el golpe, tanto más ruido ha movido. La posicion, el crédito, la ilustracion de los que lo han acogido y han sido convencidos por la evidencia de los hechos, han conmovido la conviccion de una multitud de personas, aún entre las que no han podido ser sus testigos oculares. La presencia de M. Home habrá sido un poderoso auxiliar para la propagacion de las ideas espiritistas; si no ha convencido á todo el mundo, ha sembrado la semilla que fructificará tanto más cuanto más se multipliquen los médiums. Esta facultad, como hemos dicho en otra parte, no es un privilegio exclusivo; existe en estado latente y en diversos grados en una multitud de individuos, esperando sólo la ocasion para desarrollarse; el principio se halla en nosotros por efecto de nuestra misma organizacion; está en la naturaleza, todos tenemos su gérmen y no está lejano el dia en que veremos surgir los médiums en todos los puntos, en medio de nosotros, en nuestras familias, en casa del pobre como en la del rico, á fin de que la verdad sea conocida de todos, porque segun nos ha sido anunciado es una nueva era, una nueva faz la que empieza para la humanidad. La evidencia y la vulgarizacion de los fenómenos espiritistas darán un nuevo curso á las ideas morales, como el vapor lo ha dado á la industria.

Si la vida privada de M. Home debe permanecer cerrada á las investigaciones secretas de una indiscreta curiosidad, hay ciertos detalles que con razon pueden interesar al público y que aún es útil que conozca, para la mejor apreciacion de los hechos.

Mr. Daniel Douglas Home nació el 15 de marzo de 1833, cerca de Edimburgo. Desciende de la antigua y noble familia de los Douglas de Escocia, en otro tiempo soberana. Es un jóven de mediana estatura, blanco, cuya melancólica fisonomía nada tiene de excéntrica; es de complexion delicada, de costumbres sencillas y suaves, de un carácter afable y benévolo, cuyo contacto con las grandezas del mundo no le ha llevado á la arrogancia, ni á la ostentacion. Dotado de una exoesiva modestia, jamás hace alarde de su maravillosa facultad, nunca habla de sí mismo, y si en la expansion natural de la intimi-

dad, cuenta las cosas que le son personales, lo hace con sencillez y nunca con el énfasis propio de las gentes con las que la malevolencia trata de compararle. Muchos hechos íntimos que conocemos personalmente, prueban sus nobles sentimientos y una gran elevación de alma; lo hacemos constar tanto mas gustosos, cuanto se conoce la influencia de las disposiciones morales en la naturaleza de las manifestaciones.

Los fenómenos cuyo instrumento involuntario es M. Home, han sido relatados á veces por amigos demasiado celosos, con un entusiasmo exagerado, del que se ha apoderado la malevolencia. Tales como son no tienen necesidad de una amplificación, mas bien perjudicial que útil á la causa. Siendo nuestro objeto el estudio sério de todo lo que se refiere á la ciencia espiritista, nos encerraremos en la estricta realidad de los hechos, comprobados por nosotros mismos, ó por testigos oculares más fidedignos. Podremos, pues, comentarlos con la certeza de no argumentar sobre cosas fantásticas.

M. Home es un médium del género de aquellos que producen manifestaciones espiritistas ostensibles, sin excluir por esto las comunicaciones inteligentes; pero sus predisposiciones naturales le dan para las primeras una aptitud más. Bajo su influencia, se oyen los más extraños ruidos, se agita el aire, se mueven los cuerpos sólidos, se levantan y se trasladan de un punto á otro por el aire; en los instrumentos de música hace que se oigan melodiosos sonidos, aparecen seres del mundo extracorporal, hablan, escriben y á menudo os aprietan hasta haceros daño. Muchas veces se ha visto él mismo, en presencia de testigos oculares, levantado á una altura de algunos metros sin ningún apoyo.

De lo que nos ha sido enseñado respecto al rango de los Espíritus, que en general producen esa clase de manifestaciones, debiera inferirse que M. Home está en relación con la clase inferior del mundo espiritista. Pero, muy al contrario, su carácter y las cualidades morales que le distinguen, le atraen la simpatía de los Espíritus superiores. Para estos últimos es un instrumento destinado á abrir los ojos de los ciegos por medios enérgicos, sin estar por eso privado de las comunicaciones de un orden más elevado. Es una misión que ha aceptado y que no está exen-

ta de tribulaciones ni de peligros; pero que cumple con resignación y perseverancia, bajo la protección del Espíritu de su madre, su verdadero ángel guardian.

La causa de las manifestaciones de M. Home es innata en él; su alma que sólo parece unida al cuerpo por débiles lazos, tiene mas afinidad con el mundo espiritista que con el corporal; por eso se desprende sin esfuerzo, y entra con mas facilidad que otros en comunicación con los seres invisibles. Esta facultad se le ha revelado desde la mas tierna edad. A los seis meses de su nacimiento, se mecía sola su cuna, durante la ausencia de su nodriza, y se cambiaba de puesto. En sus primeros años, era tan débil, que apenas podía sostenerse; sentado sobre un tapete, los juguetes que no podía alcanzar con sus manos, venían por sí mismos á colocarse á su alcance. A los tres años, tuvo sus primeras visiones, pero no las recuerda. Tenía nueve años, cuando su familia fué á establecerse en los Estados-Unidos, y allí continuaron los fenómenos con creciente intensidad á medida que adelantaba su edad; pero su reputación como médium no se acreditó hasta 1850, época en que las manifestaciones espiritistas empezaron á hacerse populares en aquel país. En 1854 vino á Italia, para restablecer su salud, segun hemos dicho, siendo la admiración de Florencia y Roma por sus verdaderos prodigios. Convertido á la fé católica en esta última ciudad, tuvo que comprometerse á romper sus relaciones con el mundo de los Espíritus. En efecto, por espacio de un año pareció que su poder oculto le habia abandonado; pero como ese poder es superior á su voluntad, al cabo de ese tiempo, segun se lo habia anunciado el Espíritu de su madre, se reprodujeron las manifestaciones con nueva intensidad. Estaba trazada su misión, debia figurar entre aquellos á quienes la Providencia habia escogido para revelarnos, por señales patentes, el poder que domina á todas las grandezas humanas.

Si M. Home fuera sólo un hábil prestidigitador, como pretenden ciertas personas, porque le juzgan sin haberle visto, no hay duda que tendria siempre á su disposición juegos de manos, siendo así que ni aun es dueño de producir nada cuando quiere. Le sería, pues, imposible tener sesiones regulares, porque muy á menudo, y cuando más lo necesitara, le haria falta la facultad. A veces se le ma-

nifiestan espontáneamente los fenómenos y cuando ménos lo espera, mientras que en otras es impotente para provocarlos, circunstancia poco favorable para quien quiere hacer exhibiciones en horas fijas. El siguiente hecho, entre otros mil, es una prueba de ello. Hace mas de 15 dias que M. Home no habia podido obtener ninguna manifestacion, cuando, almorzando en casa de uno de sus amigos, con dos ó tres personas conocidas, de repente se oyeron golpes en las paredes, muebles y techo. Parece, dijo, que ya vuelven. Al momento se sentó M. Home con un amigo en el canapé. Un criado trae la bandeja del té, y al ir á depositarla sobre la mesa colocada en medio del salon, ésta, aunque muy pesada, se levanta de sopetón, elevándose del suelo de 20 á 30 centímetros, como si hubiese sido atraída por la bandeja, que deja caer el criado asustado del fenómeno, y entónces la mesa dá un salto hácia el canapé, viniendo á caer frente á M. Home y su amigo, sin que se moviera nada de lo que estaba encima. Sin duda que este hecho no es de los más curiosos que tendremos ocasion de relatar; pero presenta la particularidad, digna de notarse, de haberse producido espontáneamente y sin provocacion en un círculo íntimo, cuyos asistentes, muchas veces testigos de hechos semejantes, no necesitaban de ninguna manera nuevos testimonios y que ciertamente no era ocasion oportuna para que M. Home manifestase su habilidad, si es que la tiene.

En un próximo artículo citaremos otras manifestaciones.

ALLAN-KARDEC.

Conversaciones familiares de ultra-tumba.

LA SEÑORITA CLARY D...

Observacion. La señorita Clary D..., interesante niña, que falleció en 1850, á la edad de 13 años, se ha manifestado desde entónces como el génio particular de la familia, la cual con frecuencia la evoca, y que ha dado un gran número de comunicaciones del más alto interés. La conversacion que reproducimos aquí, fué tenida entre ella y nosotros,

el 12 enero de 1857, por intermedio de su hermana, médium.

1. P. ¿Tienes un recuerdo exacto de tu existencia corporal?—R. El Espíritu vé el presente, el pasado y un poco del porvenir, segun su perfeccion y su aproximacion á Dios.

2. P. Esta condicion de la perfeccion ¿es sólo relativa al porvenir, ó se refiere igualmente al presente y al pasado?—R. El Espíritu vé el porvenir con mayor claridad á medida que se acerca á Dios. Despues de la muerte el alma vé y abraza de una ojeada todas sus *emigraciones* pasadas; pero no puede ver lo que Dios le prepara; necesita para eso estar toda entera en Dios, *despues de muchas existencias*.

3. P. ¿Sabes en que época te reencarnarás?—R. Dentro 10 á 100 años.

4. P. ¿Será en la tierra ó en otro mundo?—R. En otro mundo.

5. P. ¿El mundo á donde irás, está, con relacion á la tierra, en mejores condiciones, iguales ó inferiores?—R. Mucho mejor que la tierra; allí es uno feliz.

6. P. Puesto que te encuentras aquí entre nosotros, ¿estás en un punto determinado, y cuál es éste?—R. Estoy en apariencia etérea; puedo decir que mi Espíritu propiamente dicho, se extiende muy léjos; veo muchas cosas, y me trasporto muy léjos de aquí con la celeridad del pensamiento; mi apariencia está á la derecha de mi hermana y guio su mano.

7. P. Ese cuerpo etéreo de que estás revestida, ¿te permite sentir las sensaciones físicas, como por ejemplo, la del calor y del frio?—R. Cuando me acuerdo demasiado de mi cuerpo, siento una especie de impresion como cuando se quita uno la capa, y créelle-varla aún algun tiempo despues.

8. P. Acabas de decir que puedes transportarte con la velocidad del pensamiento, ¿no es el pensamiento la misma alma que se desprende de su envoltura?—R. Sí.

9. P. Cuando tu pensamiento se dirige á alguna parte, ¿cómo se verifica la separacion de tu alma?—R. Se desvanece la apariencia y el pensamiento marcha sólo.

10. P. ¿Es, pues, una facultad que se desprende, quedando el sér en dónde está?—R. La forma no es el sér.

11. P. Pero como obra ese pensamiento,

¿no obra por intermedio de la materia?—R. No.

12. P. Cuando tu facultad de pensar se desprende, ¿no obras ya por intermedio de la materia?—R. La sombra se desvanece, y se reproduce dónde el pensamiento le guía.

13. P. Puesto que sólo tenías 13 años, cuando tu cuerpo murió, ¿en qué consiste que puedas darnos, sobre cuestiones tan abstractas, respuestas que están fuera del alcance de una niña de tu edad?—R. ¡Mi alma es tan vieja!

14. P. ¿Podrías citarnos entre tus existencias anteriores alguna de las que mas han elevado tus conocimientos?—R. Estuve encarnada en el cuerpo de un hombre que yo habia vuelto virtuoso; despues de su muerte, he estado en el cuerpo de una jóven, cuyo rostro era el retrato de su alma; Dios me ha recompensado.

15. P. ¿Nos seria posible verte aquí [tal cual eres actualmente?—R. Lo podríais.

16. P. ¿Cómo lo podríamos? ¿depende de nosotros, de tí ó de personas íntimas?—R. De vosotros.

17. P. En qué condiciones deberíamos estar para ello?—R. Recogeros algun tiempo, con té y fervor; no ser tantos en número, aislaros un poco, y hacer venir un médium del género de M. Home.

La fatalidad y los presentimientos.

PROBLEMA MORAL.

Uno de nuestros corresponsales nos escribe lo que sigue:

«En el mes de setiembre último (1857) una pequeña embarcacion que hacia la travesia de Dunkerque á Ostende, fué sorprendida por un récio temporal durante la noche; zozobró el esquife y de las ocho personas que lo tripulaban, perecieron cuatro; las cuatro restantes entre las que me encontraba, consiguieron mantenerse sobre la quilla. Pasamos toda la noche en esa horrorosa posicion, sin mas perspectiva que la muerte, que nos parecia inevitable y de la que resentíamos todos las angustias. Al amanecer, el viento ios arrojó á la costa y pudimos llegar á tierra nadando.

«Porqué en ese peligro, *igual para todos*, sólo cuatro personas han sucumbido? Debeis saber que por mi parte es la sexta ó séptima vez que escapo de un peligro tan inminente, y poco mas ó ménos en iguales circunstancias. Estoy en verdad tentado á creer que una mano invisible me protege. ¿Qué he hecho para merecerlo? No losé, soy de ninguna importancia ni utilidad en este mundo, y no me lisongeo de valer mas que los otros; muy al contrario. Hay entre las víctimas del accidente un digno sacerdote, modelo de virtudes evangélicas y una venerable hermana de S. Vicente de Paul, que iban á cumplir una santa mision de caridad cristiana. Parece que la fatalidad representa un gran papel en mi destino. ¿Acaso tendrían parte en ello los Espíritus? ¿Seria posible obtener de ellos, una explicacion relativa á este objeto, preguntándoles por ejemplo, si son ellos quienes provocan ó desvian los peligros que nos amenazan?...»

Con arreglo al deseo de nuestro corresponsal, dirigimos las siguientes preguntas al Espíritu de San Luis, que tiene la bondad de comunicarse cada vez que nos puede dar una instruccion útil.

1. Cuando á alguno le amenaza un peligro inminente, ¿es un Espíritu el que lo dirige, y cuando escapa de él, es tambien otro Espíritu que lo desvia?—R. Cuando un Espíritu se encarna, escoge una prueba; al escogerla se crea una especie de destino que no puede ya evitar, una vez sometido á él; hablo de las pruebas físicas. Conservando el Espíritu su libre albedrío, así para el bien como para el mal, es siempre dueño de soportar ó rechazar la prueba; un buen Espíritu al verle flaquear, puede venir en su ayuda, pero no puede influir sobre él con el fin de dominar su voluntad. Un Espíritu malo, es decir inferior, sugiriéndole y exagerándole un peligro físico, puede conmoverle y asustarle, pero la voluntad del Espíritu encarnado no queda por eso ménos libre de toda traba.

2. Cuando un hombre se halla á punto de perecer por un accidente, me parece que el libre albedrío nada tiene que ver en ello. Pregunto pues, ¿si es un Espíritu malo el que provoca el accidente y dado caso que escape del peligro, si es un buen Espíritu que le ha ayudado?—R. El buen ó mal Espíritu no puede mas que sugerir buenos ó malos pen-

samientos segun su naturaleza. El accidente está señalado en el destino del hombre. Cuando tu vida está en peligro, es una advertencia que tu mismo has deseado á fin de desviarte del mal y volverte mejor. Cuando escapas de ese peligro, bajo la influencia todavía del riesgo que has corrido, piensas mas ó ménos en mejorarte seriamente, segun la accion de los buenos Espíritus ha sido mas ó ménos fuerte. Si viene el Espíritu malo (digo malo atendido el mal que aun hay en él), entónces piensas que escaparás de igual modo que en los demás peligros, y de nuevo dejas desencadenar tus pasiones.

3. La fatalidad que parece presidir á los destinos materiales de nuestra vida, seria pues efecto de nuestro libre albedrío?—R. Tu mismo has sido el que ha escogido la prueba: cuanto mas dura es y mejor la sobrellevas, tanto mas te elevas. Aquellos que pasan su vida en la abundancia y en la dicha humana, son Espíritus cobardes que permanecen estacionarios. Asfies que el número de los desgraciados supera en mucho al de los felices de este mundo, atendido á que la mayoría de los Espíritus buscan la prueba que mas pueda aprovecharles. Demasiado ven la futilidad de vuestras grandezas y de vuestros goces. Por lo demás, la vida mas feliz es siempre agitada y perturbada, aunque solo fuera por la ausencia del dolor.

4. Comprendemos perfectamente esta doctrina, pero eso no nos explica si ciertos Espíritus tienen una accion directa sobre la causa material del accidente. Supongamos que el momento en que un hombre pasa sobre un puente, éste se desploma. Quién le ha impedido á pasar por el puente?—R. Cuando un hombre pasa sobre un puente, que debe desplomarse, no es un Espíritu quien le impele á pasar por él, sino el instinto de su destino que le conduce allí.

5. ¿Quién ha hecho romper el puente?—R. Las circunstancias naturales. La materia encierra en sí sus causas de destruccion. En el caso de que se trata, necesitando el Espíritu recurrir á un elemento extraño á su naturaleza, para mover fuerzas materiales, preferirá la intuicion espiritual. Así pues, debiéndose romper el puente, porque los agentes naturales han desunido los materiales que lo componen, y el orin ha corroido las cadenas que le suspenden, el Espíritu, digo, insinuará primero al hombre á que pase por este

puente, que hacer desplomar otro bajo sus piés. Por otra parte, teneis una prueba material de lo que adelanto: cualquiera que sea el accidente, siempre surge naturalmente, es decir, que las causas que se enlazan unas á otras lo han traído insensiblemente.

6. Tomemos otro ejemplo en que la destruccion de la materia no sea causa del accidente. Un hombre mal intencionado tira sobre mí y la bala me roza, pero no me toca, ¿puede un Espíritu benévolo haberla desviado?—R. No.

7. ¿Pueden los Espíritus advertirnos directamente de un peligro? Hé aquí un hecho que parecería confirmarlo: Una muger salió de su casa y siguió la calle. Una voz íntima, le dice: Márchate y vuelve á tu casa. Ella titubea. La misma voz se dejó oír repetidas veces y entónces vuelve atrás; pero cambiando de parecer, se dijo: ¿Qué tengo que hacer en mi casa, si acabo de salir en este momento? sin duda es un efecto de mi imaginacion. Entónces continuó su camino y á los pocos pasos una biga que sacaban de una casa, le hirió en la cabeza y la derribó dejándola sin conocimiento. ¿Qué voz era aquella? Era acaso un presentimiento de lo que iba á suceder á esa muger?—R. La del instinto; por otra parte, ningun presentimiento tiene tales caracteres; siempre son vagos.

8. ¿Qué entendeis por la voz del instinto?—R. Entiendo que el Espíritu, antes de encarnarse, conoce todas las fases de su existencia; y cuando éstas tienen un carácter marcado, conserva una especie de impresion en su fuero interno, impresion que, despertándose cuando el peligro amenaza, viene á ser un presentimiento.

Observacion. Las explicaciones precedentes tienen relacion con la fatalidad de los sucesos materiales. La fatalidad moral está tratada de un modo completo en el LIBRO DE LOS ESPIRITUS.

ALLAN-KARDEC.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

PARIS, MAYO DE 1858.

MÉDIUM, H. DUFOUX.

La pereza. (Parábola).

I.

Un hombre salió muy de mañana á ajustar trabajadores en la plaza pública. Habiendo

visto á dos hombres del pueblo que estaban sentados y con los brazos cruzados, se dirigió á uno de ellos y le interpeló, diciendo: «¿Qué haces aquí?», y cómo contestára: «No tengo trabajo,» el que buscaba trabajadores, le dijo: «Toma esta azada, y vé á mi campo sobre el declive de la colina, en donde sopla el viento del sur; cortarás el brezo y cavarás la tierra, hasta que se haga de noche; la tarea es dura; pero tendrás un buen salario.» El hombre del pueblo se echó la azada al hombro, y le dió las gracias de corazón.

Habiendo oído esto el otro trabajador, se levantó de su sitio y se acercó diciendo: «Mi amo, dejadme ir también á trabajar á vuestro campo,» á esto dijo el amo que ámbos le siguiesen, y marchó delante para enseñarles el camino. Luego que llegaron al declive de la colina, dividió el trabajo en dos partes, y se fué.

Apénas hubo marchado, el último trabajador ajustado pegó fuego al punto á los matoceros de la parte que le habia tocado, y labró despues la tierra con el hierro de su azada. Chorreaba el sudor de su frente con los ardores del sol. En un principio le imitó el otro murmurando; pero pronto se cansó de su trabajo, y fijando su azada en el suelo, se sentó á su lado, mirando como trabajaba su compañero.

Sucedió que el amo del campo vino al anocheecer y examinó el trabajo que se habia hecho, y habiendo llamado al trabajador diligente, le cumplimentó, diciéndole: «Has trabajado bien, hé aquí tu salario,» y le dió una moneda de plata al despedirle. El otro trabajador se acercó también y reclamó el precio de su jornal, pero el amo le dijo: «Mal trabajador, mi pan no calmará tu hambre; porque has dejado sin cultivo la parte del campo que te habia confiado; no es justo que el que nada ha hecho, sea recompensado como el que ha trabajado bien.» Y le despidió sin darle nada.

II.

En verdad os digo, no ha sido dada la inteligencia al Espíritu y la fuerza al hombre para que consuma sus días en la ociosidad, sino para que sea útil á sus semejantes. Así pues, aquel cuyas manos no están ocupadas y cuyo Espíritu permanece ocioso, será castigado y deberá empezar otra vez su tarea.

Os lo vuelvo á repetir, su vida será dejada de lado como una cosa inútil, cuando con-

cluya su tiempo: comprendereis esto por una comparacion. Quién de vosotros si tiene en su vergel un árbol que no dá fruto, no dice á su criado: «Corta ese árbol y échalo al fuego, porque sus ramas son estériles?» Pues del mismo modo que ese árbol será cortado á causa de su esterilidad, así también la vida del perezoso será desechada; porque habrá sido estéril en buenas obras.

S. LUIS.

PARÍS, JUNIO DE 1858.

MÉDIUM, M. D.

La envidia.

Observacion. San Luis nos habia prometido, en una de las sesiones de la Sociedad, una disertacion sobre la envidia. M. D., que empezaba la mediumnidad, y que todavía dudaba algo, nó de la doctrina, porque es uno de los mas fervientes adeptos que la comprende en su esencia, es decir, bajo el punto de vista moral; pero sí de la facultad que en él se revelaba; evocó á S. Luis en su nombre particular y le dirigió la siguiente pregunta:

—Tendríais á bien disipar mis dudas y mis inquietudes, sobre mi potencia medianímica, escribiendo por mi intermedio la disertacion que habeis prometido á la Sociedad para el 1.º de junio?—R. Sí, lo haré para tranquilizarte.

Entónces le fué dictado el siguiente fragmento. Haremos notar que M. D. se dirigia á S. Luis con un corazón puro y sincero, sin segunda intencion, condicion indispensable para toda buena comunicacion. No hacia con esto una prueba, pues sólo dudaba de sí mismo y Dios le permitió que quedara satisfecho para proporcionarle los medios de hacerse útil. M. D. es hoy uno de los médiums mas completos, no sólo por su gran facilidad de ejecucion, si que también por su aptitud para servir de intérprete á todos los Espíritus; aun á aquellos de orden mas elevado que se expresan fácilmente y de buen grado por su intermedio. Lo que sobre todo debe buscarse en un médium son las buenas cualidades, que siempre puede adquirir con la paciencia, la voluntad y el ejercicio. M. D. no ha necesitado mucha paciencia, pues habia en él la voluntad y el fervor, unidas á una aptitud

natural. Han bastado algunos días para llevar su facultad al mas alto grado. Hé aquí la comunicacion que se le ha dado sobre la Envidia.

«¿Veis aquel hombre? su espíritu está inquieto y su desgracia ha llegado á su colmo; envidia el oro, el lujo y la dicha aparente ó ficticia de sus semejantes; despedazado su corazón y secretamente consumida su alma por esta incesante lucha del orgullo y de la vanidad no satisfecha, lleva consigo en todos los instantes de su miserable existencia, una serpiente que en su corazón abriga, la que sin cesar le sugiere los mas fatales pensamientos: «¿Tendré yo ese deleite, esa felicidad? sin embargo, esto me es debido como aquello; soy hombre como ellos; ¿por qué sería uno de los desheredados?» Lucha contra su impotencia, siendo presa del horroroso suplicio de la envidia.

«Dichoso aún si estas fatales ideas no le conducen por la pendiente del abismo. Una vez entrado en este camino, se pregunta si no debe obtener por la violencia lo que cree le es debido; de lo contrario, irá á exponer á la vista de todos, el horroroso mal que le devora. Si este desgraciado hubiese echado sólo una mirada mas abajo de su posición, hubiera visto el número de los que sufren sin quejarse, bendiciendo al mismo tiempo al Criador, porque la desgracia es un beneficio que Dios envía para hacer adelantar á la infeliz criatura hácia su eterno trono.

Concretad vuestra dicha y vuestra verdadero tesoro á las obras de caridad y sumisión, únicas que deben franquear la entrada en el seno de Dios: estas buenas obras harán vuestro gozo y vuestra felicidad eterna; la envidia es una de las mas ruines y mas tristes miserias de vuestro globo; la caridad y la constante *emisión* de la fé, harán desaparecer todos estos males que se irán uno tras otro, á medida que los hombres de buena voluntad, que vendrán despues de vosotros, se multipliquen.

Crónica retrospectiva del Espiritismo.

1858.

Fundacion de la *Revue spirite* en Paris.—Recibimiento de la misma.—Creacion de Sociedad parisiense de Estudios espiritistas.

A consecuencia de la publicacion del LIBRO DE LOS ESPIRITUS, de que nos ocupamos en

nuestro número anterior, despertóse el que podemos llamar verdadero y puro entusiasmo espiritista. Las mesas giratorias y parlantes fueron pasto á la curiosidad de las tertulias y reuniones caseras; el LIBRO DE LOS ESPIRITUS debia ser y fué, el núcleo de las investigaciones filosóficas. Guiados exclusivamente por esta idea, constituyéronse simultáneamente y en diversos puntos del globo, numerosos círculos espiritistas con el resuelto fin de llevar la doctrina á sus últimas consecuencias.

Pero estos grupos, sobre no obedecer á un plan rigurosamente sistemático, carecian de unificación y de mútuas relaciones por lo tanto. Así lo comprendió desde luego Allan-Kardec, y para obviar ambos inconvenientes, ideó los dos mas acertados medios que podian concebirse. Puesto que faltaba sistematización en los círculos, preciso era crear uno que, sin ningún carácter de predominio, sin ninguna apariencia de supremacia, les sirviese no obstante, como de modelo. De aquí la creacion de la *Société parisienne des Etudes spirites*. Para darles unificación y relacionarlas entre sí, acudió Allan-Kardec á la publicacion de un periódico que fuese como el receptáculo comun donde ingresáran los resultados obtenidos por los diversos círculos espiritistas. Este periódico es el que aún se publica en nuestros días bajo el título de *Revue Spirite*. Cuál fué la idea que presidió á su publicacion, y cuáles su carácter y tendencias, lo verán nuestros lectores en el siguiente artículo-introduccion, contenido en su primer número de enero de 1858, época de su fundacion:

INTRODUCCION.

«La rapidez con que se han propagado por todo el mundo los extraños fenómenos de las manifestaciones espiritistas es una prueba del interés que excitan. Simple objeto de curiosidad al principio, no tardaron en llamar la atencion de hombres formales que desde luego entrevieron la inevitable influencia que debian tener sobre el estado moral de la sociedad. Las nuevas ideas que de ellos se desprenden tienden á popularizarse diariamente, y nada podrá detener su progreso, por lasenilla razon de que esos fenómenos están al alcance de todos ó poco menos, y porque ningún poder humano puede impedir que se produzcan. Si se les sofoca en un punto, reaparecen en otros ciento. Aquellos, pues, que podrian ver en ellos un inconveniente cual-

quiera, se verán obligados—por la fuerza de las cosas,—á sufrir sus consecuencias, como sucede con las nuevas industrias que en su origen lastiman intereses privados, pero con las que todo el mundo acaba por acomodarse, porque no puede ser de otro modo. ¡Cuánto no se ha dicho y hecho contra el magnetismo! y, sin embargo, todos los dardos que contra él se han lanzado, todas las armas con que le han herido, y hasta el ridículo, se han anonadado ante la realidad; y sólo han servido para ponerle cada vez mas en evidencia. Es que el magnetismo es una potencia natural; y ante las fuerzas de la naturaleza el hombre es un pigmeo, semejante á los perritos que inútilmente ladran contra lo que les asusta. Lo propio sucede con las manifestaciones espiritistas que con el sonambulismo; si no se producen á la luz del día públicamente, nadie puede impedir que se produzcan en la intimidad, puesto que cada familia puede encontrar uno ó mas médiums entre sus miembros, desde el niño hasta el anciano, como puede encontrar un sonámbulo. ¿Quién podría, pues, impedir á cualquiera, el que sea médium ó sonámbulo? Los que lo combaten obran sin duda con poca reflexion. Repetimos aún, que cuando una fuerza está en la naturaleza, no puede ser parada un instante: destruirla, jamás! Sólo puede desviarse su curso. Puesto que la potencia que se revela en el fenómeno de las manifestaciones espiritistas, cualquiera que sea su causa, está en la naturaleza, como la del magnetismo, nadie podrá destruirla como nadie puede destruir la potencia eléctrica. Lo que debe hacerse es observarla, estudiar todas sus fases, para deducir de ellas las leyes que la rigen. Si es un error, una ilusion, el tiempo lo justificará; si es la verdad, ésta es como el vapor; cuanto mas se le comprime, tanto mayor es su fuerza de expansion.

Con razon se extraña que la Francia, que es uno de los puntos de Europa donde estas ideas se han aclimatado con mas prontitud, no tenga en la prensa ningun representante de esta interesante doctrina (1); cuando la

América, en los Estados-Unidos únicamente, posee mas de diez y siete, sin contar los infinitos escritos no periódicos. No se podría, pues, negar la utilidad de un órgano especial que tenga al público al corriente de los progresos de esta nueva ciencia, y le asegure contra la exageracion de la credulidad y tambien contra el escepticismo. Esa laguna es la que nos proponemos llenar con la publicacion de la *Revista*, con el fin de ofrecer un medio de comunicacion á todos aquellos que se interesan en estas cuestiones, y unir por un lazo comun á aquellos que comprenden la doctrina espiritista bajo su verdadero punto de vista moral: la práctica del bien y la caridad evangélica para todo el mundo.

Si sólo se tratara de una coleccion de hechos, fácil fuera la tarea; por do quiera se multiplican con una rapidez tal, que no nos faltaria materia; pero los hechos sólo se harian monótonos por su número y mas por su similitud. Lo que necesita el hombre que reflexiona, es algo que hable á su inteligencia. Pocos años han trascurrido desde la aparicion de los primeros fenómenos, y ya estamos léjos de las mesas giratorias y parlantes, que fueron su infancia. Hoy es ya una ciencia que descubre todo un mundo de misterios, que hace patentes las verdades eternas que sólo á nuestro espíritu le era dado presentir; es una sublime doctrina que enseña al hombre el camino del deber, abriéndole el campo mas vasto que aun se haya dado á la observacion del filósofo. Nuestra obra seria pues incompleta y estéril, si nos encerráramos en los estrechos límites de una revista anecdótica cuyo interés seria pronto agotado.

Se nos disputará quizá, la calificacion de *ciencia* que damos al Espiritismo. Sin duda alguna que en *ningun caso* puede tener el carácter de una ciencia exacta, y en esto es precisamente que se engañan aquellos que pretenden juzgarlo y experimentarlo como un análisis químico, ó un problema matemático; mucho es ya que tenga el de ciencia filosófica. Toda ciencia debe apoyarse en los hechos; pero los hechos únicamente no constituyen la ciencia; la ciencia nace de la coordinacion y de la deduccion lógica de los hechos: es el conjunto de las leyes que les rigen. ¿Ha llegado el Espiritismo al estado de ciencia? Si se entiende el de ciencia perfecta, seria sin duda prematuro responder afirma-

(1) A la sazón no existia en Europa mas que un sólo periódico consagrado á la doctrina espiritista, y era el *Journal de l'ame*, publicado en Génova por el Dr. Boessinger. En América el único periódico francés era el *Spiritualiste de la Nouvelle-Orleans* publicado por M. Barthès.—N. de la R.

tivamente; pero las observaciones, desde este momento, son bastante numerosas para poder al ménos deducir de ellas principios generales: aquí es donde principia la ciencia.

La apreciación razonada de los hechos y las consecuencias que de ellos se desprenden es pues un complemento sin el cual nuestra publicación seria de una mediana utilidad, y sólo ofrecería un interés muy secundario para aquel que reflexiona y quiere explicarse lo que vé. Con todo, como nuestro objeto es llegar á la verdad, acogeremos todas las observaciones que se nos dirijan, y probaremos en cuanto nos lo permitirá el estado de los conocimientos adquiridos, de desvanecer las dudas, ó de aclarar los puntos aún oscuros. Nuestra *Revista* será de este modo, una tribuna abierta, pero en la que la discusión no deberá jamás separarse del mas estricto decoro. En una palabra, discutiremos, pero no *disputaremos*. Un lenguaje indecoroso nunca ha sido una razon convincente á los ojos de la gente sensata; es el arma de aquellos que no tienen otra mejor, y esa arma se vuelve contra el que la maneja.

Aunque los fenómenos de que nos vamos á ocupar se hayan producido en estos últimos tiempos de un modo mas general, todo prueba que han existido desde la mas remota antigüedad. Con los fenómenos naturales no sucede lo mismo que con las invenciones, que siguen el progreso del espíritu humano: desde el momento que están en el orden de las cosas, su causa es tan antigua como el mundo y cuyos efectos han debido producirse en todas las épocas. Lo que hoy presenciamos no es un descubrimiento moderno: es el despertar de la antigüedad, pero de la antigüedad libre del místico cortejo que engendró las supersticiones, de la antigüedad ilustrada por la civilización y el progreso en las cosas positivas.

La consecuencia capital que se desprende de esos fenómenos es la comunicacion que los hombres pueden establecer con los seres del mundo incorporeal y el conocimiento que pueden adquirir, hasta cierto límite, sobre su estado futuro. El hecho de la comunicacion con el mundo invisible se encuentra, en términos inequívocos, en los libros bíblicos; pero para ciertos escépticos, no es por una parte la Biblia una autoridad suficiente; y para los creyentes por otra, son hechos so-

brenaturales, suscitados por un favor especial de la Divinidad.

No seria esto para todo el mundo una prueba de la generalidad de las manifestaciones, si no las encontráramos en otras mil fuentes diferentes. La existencia de los Espíritus y su intervencion en el mundo corporal es atestiguada y demostrada, no ya como un hecho excepcional, sino como principio general, en S. Agustin, S. Gerónimo, San Crisóstomo, San Gregorio Nacianzeno y otros muchos Padres de la Iglesia. Además, esta creencia forma la base de todos los sistemas religiosos. Los mas sabios filósofos de la antigüedad la han admitido: Platon, Zoroastro, Confucio, Apuleo, Pitágoras, Apolonio de Tiana y otros muchos. La encontramos en los misterios y en los oráculos, entre los Griegos, Egipcios, Judíos, Caldeos, Romanos, Persas y Chinos. La vemos sobrevivir á todas las vicisitudes de los pueblos, á todas las persecuciones; afrontar todas las revoluciones filosóficas y morales de la humanidad. Mas tarde la encontramos en los adivinos y brujos de la edad media, en los Willis y los Walkiries de los Escandinavos, en los Elfes de los Teutones, en los Leshies y en los Domeshnies Doughi de los Eslavos, en los Ouirisks y los Brownies de la Escocia, en los Poulpicens y los Teusarpouliets de los Bretones, en los Cémis de los Carabes, en una palabra, en toda la falange de ninfas, génius buenos y malos, sílfides, gnomos, hadas, diablillos, etc. de quienes las naciones todas han poblado el espacio.

(Se continuará.)

ADVERTENCIA.

Para facilitar los trabajos de Administración que trae consigo una publicación periódica y tan económica como nuestra *REVISTA*, suplicamos á nuestros actuales suscritores que para la renovacion de sus abonos, tengan á bien sujetarse, en cuanto les sea posible, á las condiciones de suscripcion, insertas en la primera plana de la cubierta, por lo que les quedaremos sumamente agradecidos.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOMENECH,
BASEA, 30.—BARCELONA.